Leyendas y cuentos populares

TRÉBOL ORO

Cuentos populares de Iberoamérica

Carmen Bravo-Villasante



Lectulandia

Esta antología de cuentos es una primera muestra sacada de la mina de oro de la cuentística popular iberoamericana. Desde las pampas hasta las altísimas cordilleras andinas, y los inmensos ríos y lagos, y las selvas y las orillas del mar; desde las grandes ciudades hasta los mínimos pueblecitos; desde el gran continente hasta las islas del archipiélago del Caribe, este libro puede servir de enlace, como en otros tiempos lo fue la literatura oral.

Al leer y escuchar estos cuentos, los niños, y también los mayores, se reirán mucho, y la risa es muy buena; es la fuente de la alegría y de la diversión. Y, si además de la gracia, los cuentos son ejemplares y de un noble didactismo, todos quedarán contentos. Y todavía más: los niños de Iberoamérica se los podrán contar a todos los niños del mundo.

Carmen Bravo-Villasante

Cuentos populares de Iberoamérica

Cuentos y leyendas populares - 02

ePub r1.0
Titivillus 08.08.2022

Carmen Bravo-Villasante, 2005
Ilustraciones: Carmen Andrada

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Leyendas y cuentos populares



CUENTOS POPULARES DE IBEROAMÉRICA

Carmen Bravo-Villasante

ilustraciones de

Carmen Andrada

INTRODUCCIÓN

Esta antología de cuentos es una primera muestra sacada de la mina de oro de la cuentística popular iberoamericana. Se han recopilado estos cuentos para que los niños que hablan y leen en español de diversas naciones puedan encontrarse en la gran patria del idioma.

Desde las pampas hasta las altísimas cordilleras andinas, y los inmensos ríos y lagos, y las selvas y las orillas del mar, desde las grandes ciudades hasta los mínimos pueblecitos, desde el gran continente hasta las islas del archipiélago del Caribe, este libro puede servir de enlace, como en otros tiempos lo fue la literatura oral.

Porque en un principio estos cuentos fueron literatura oral y corrieron de boca en boca. Unas veces eran cuentos de camino y otras se narraban en los largos y cálidos atardeceres o en las noches invernales junto al fuego del hogar. Niños y grandes escuchaban las consejas; en completa atención, porque el interés es tan grande que no se puede perder una sola palabra.

En esta antología hay cuentos de animales como en la fábula antigua, así el de "El puma y el zorro", del Perú, y "El yaguareté burlado", de Paraguay y, ¿cómo no?, de "Tío Conejo y tía Zorra", de Argentina, o "Tío Conejo y tía Boa", de Costa Rica; hay también cuentos de animales fantásticos como "El caballito de siete colores", de Santo Domingo; hay cuentos encadenados como el de "El gallo", de España, que iba a la boda de su tío Perico; y cuentos de animales y hombres, como "El hombre, el tigre y la luna", de Venezuela.

En esta antología de cuentos populares hay cuentos de príncipes y princesas, como en "El árbol de tas tres manzanas de oro", de Chile; hay también pescadores, como en "El hijo del pescador", de Cuba, y pastores y campesinos y milperos y ancianas misteriosas que pueden ser brujas o hadas benéficas.

Aparecen gigantes y espíritus de la tierra y del aire en los cuentos maravillosos. Todo es tan sorprendente e inesperado en este reino de la fantasía, donde todo puede suceder, que la imaginación se exalta y enriquece al oírlos.

Lo prohibido, el tabú, forma parte de estas narraciones. Palabras misteriosas sirven de conjuro para abrir puertas cerradas. El cuento, asimismo, se abre y se cierra con fórmulas típicas de la cuentística popular.

En su mayor parte, los cuentos son breves, concisos, de una gran intensidad, y cuando son largos, la materia está muy concentrada, porque hay mucho que narrar.

En esta narrativa clara y elemental se destacan los vicios y las virtudes. La inteligencia, la maña y la astucia resuelven las dificultades. Se vencen los obstáculos con perseverancia y tenacidad.

Al leer y escuchar estos cuentos los niños y también los mayores se reirán mucho, y la risa es muy buena. Es la fuente de la alegría y de la diversión. Y si además de la gracia, los cuentos son ejemplares y de un noble didactismo, todos quedarán contentos. Y, todavía más: los niños de Iberoamérica se los podrán contar a todos los niños del mundo.

Villasamen Bravo-Villasante

ARGENTINA

El sembrador, el tigre y el zorro

Había una vez, hace muchos años, un viejo criollo que estaba arando su chacra[1]. Araba con el antiguo y pesado arado de palo tirado por bueyes. El hombre animaba a los bueyes llamándolos por sus nombres y los dirigía en el trabajo con voces que ellos entendían:

—¡Tira, buey!… ¡Surco, Colorado!… ¡Vuelta, buey!

Tan entretenido estaba en su tarea que no advirtió la presencia de un temible enemigo: un tigre había saltado la cerca de la chacra y se le aproximaba sigilosamente. El hombre suspendió el trabajo y los bueyes comenzaron a temblar de miedo.

—Vengo a que me des un buey para comer —dijo el tigre.

—¡Oh no!, señor tigre, yo no le puedo dar ninguno de mis bueyes, los quiero mucho —le contestó el sembrador aterrado.

—Entonces me tendrás que dar los dos.

—Por favor, señor tigre, no me haga un mal tan grande. Tenga piedad de mí.

—¿A que te como con bueyes y todo? —contesto el tigre, ya dispuesto a saltar sobre la víctima.

—No, señor tigre, cómo me va a comer, mi familia es pobre y necesita de mí y de mis bueyes —volvió a decir el labrador desesperado.

—Te voy a comer lo mismo.

—No, señor, cómo me va a comer.

Estaban en que te como y en que no te como, cuando pasó por allí cerca un zorro, oyó la discusión y se propuso salvar al hombre. Se escondió detrás de unos poleos espesos y con voz muy gruesa y firme le gritó:

—¿Amigo, no ha visto pasar por aquí el tigre? Lo ando buscando con doscientos perros para matarlo.

El tigre se llevó un susto tremendo, se encogió todo lo que pudo y se quedó inmóvil, pegado al suelo.

—Dile que no me has visto; si me delatas, te como —le dijo por lo bajo el tigre al hombre, creyendo que en realidad se trataba de un cazador de tigres.

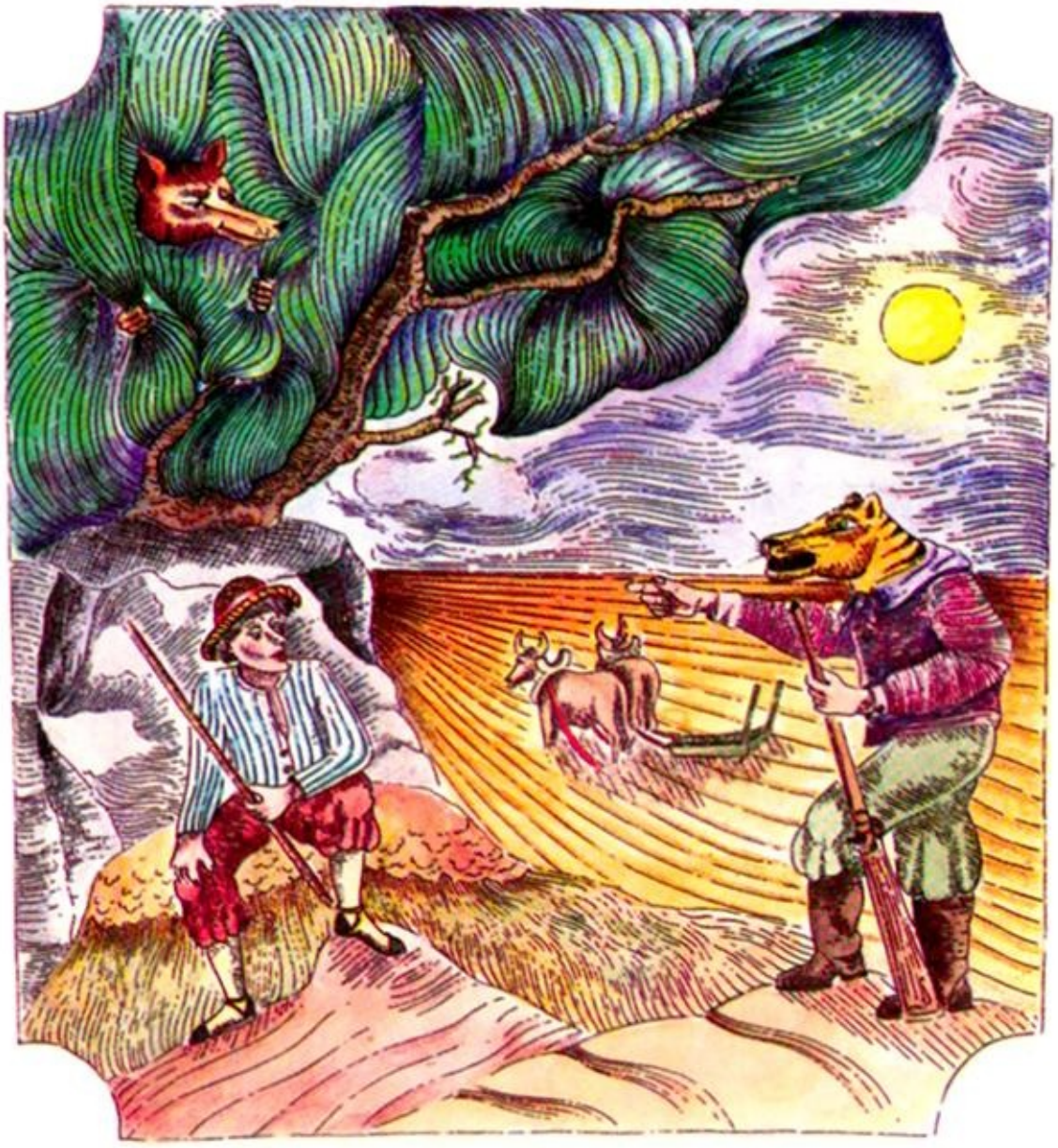
—No, señor, no he visto al tigre desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo no lo ha visto, amigo, y qué es ese bulto que está cerca de usted? Eso parece un tigre echado.

—Dile que son porotos overos, por favor.

—Son porotos overos, señor, que tengo para sembrar.

—Si son porotos overos, póngalos adentro de ese saco de cuero que tiene ahí a su lado.



—Ponme en la bolsa, en seguida, por favor, no pierdas tiempo —rogaba el tigre al hombre.

El hombre embolsó al tigre lo más pronto posible, y le contestó:

—Ya está, señor, ya está, señor, vea cómo le obedezco.

—Átele, amigo, la boca al saco con un lazo para que no se le vuelquen los porotos.

—Haz que atas el saco, pero déjale abierta la boca —le dijo el tigre al sembrador.

El hombre ató la boca al saco lo mejor que pudo.

—Está muy esponjado ese saco, amigo, aplástelo un poco con el ojo del hacha, no se demore.

—Haz que me pegas, pero cuida de no tocarme, mira que te voy a comer en seguida que se vaya el tigrero.

El hombre tomó el hacha y con todas sus fuerzas le pegó al tigre en la cabeza hasta dejarlo muerto.

Así, la astucia del zorro, salvó al hombre y venció la crueldad del tigre.

BOLIVIA

El rokhochito

Era un indiecito que después de la muerte de su madre quedó a cargo de una madrastra muy mala, que por una pequeña falta le castigaba privándole de comida durante varios días. El pobre huérfano vivía buscando algún mendrugo en los depósitos de desperdicios del pueblo, y cuando no podía ya soportar el hambre, iba al cementerio a pedirle a su madre, llorando:

—Mamay, yarkhawashan, mamay yarkhawashan… (madre, tengo hambre, madre, tengo hambre).

Muchos días repitió el pedido. Una vez —dicen— se le presentó el alma de su madre y alcanzándole un pan, le dijo:

—Recibe este pan, hijo mío. Cuando tengas hambre come la mitad y guarda la otra. Si no haces así, este pan servirá para saciarte tan sólo una vez.

El niño volvió a su casa, y guardó la mitad del pan; y más tarde, cuando tuvo hambre, grande fue su sorpresa encontrarlo entero. Era un pan maravilloso que nunca se acababa.

Pero un día, la madrastra le sorprendió comiendo aquel pan maravilloso y, arrebatándoselo, le voceó:

—¡Malagradecido!, ladrón, este pan me has robado de la alacena hoy día.

El indiecito, llorando, volvió al cementerio.

—Mamay, yarkawashan, mamay, yarkawashan… (madre, tengo hambre, madre, tengo hambre).

Al escuchar los lamentos del hijo amado, otra vez se presentó el alma de su madre; le entregó un cajoncito pequeño, que se llamaba rokhochito (objeto que los niños guardan con cariño), diciéndole:

—Este rokhochito te hará devolver tu pan.

El huérfano volvió a la casa y, valiente, le pidió a su madrastra:

—Tthantayta khopuray (devuélvame mi pan).

La madrastra, al escuchar el desplante, cogió un garrote e iba a descargar en las espaldas del niño, cuando éste se agachó y acariciando el cajoncito,

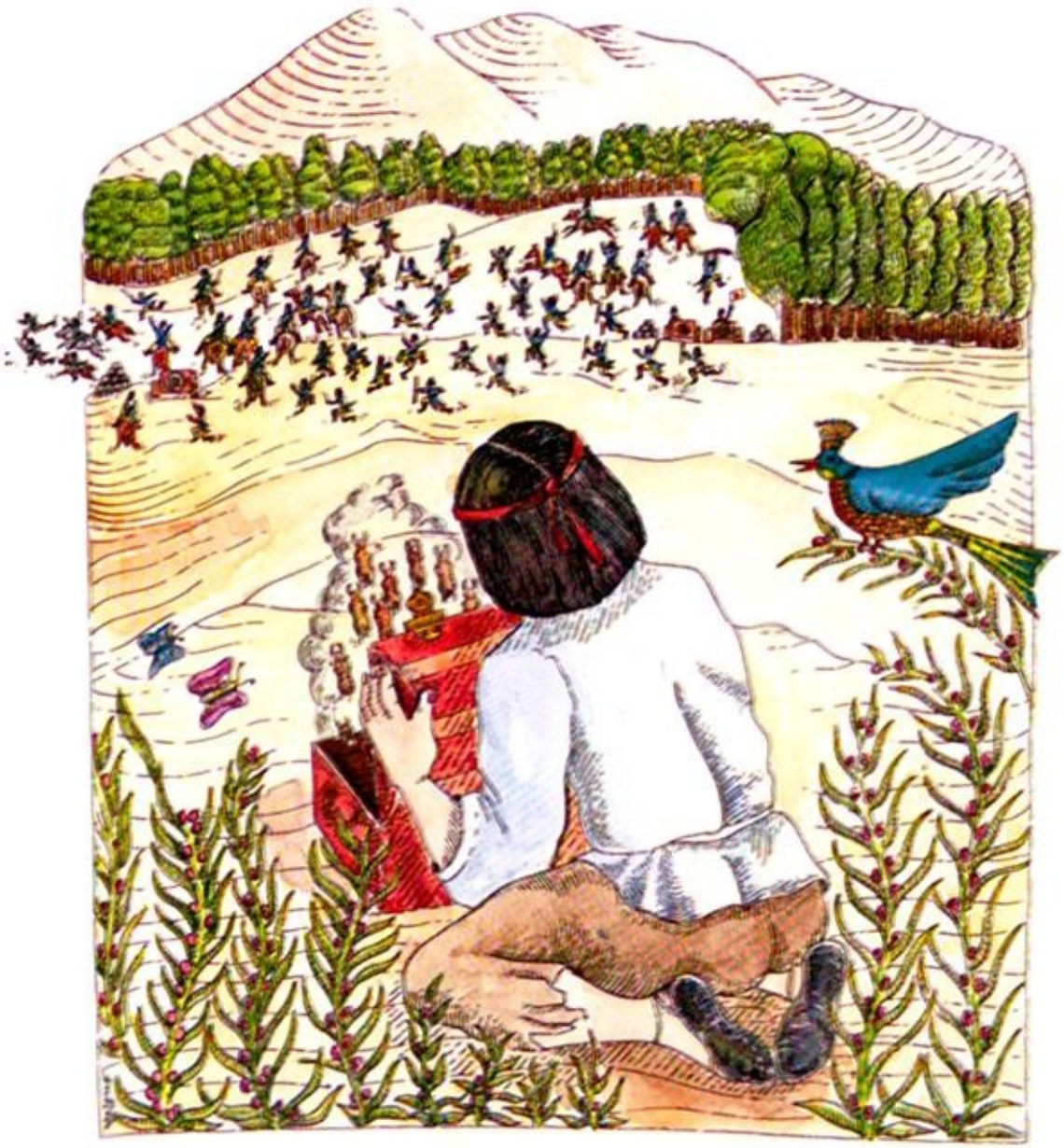
repitió:

—Rokhochito, rokhochito (salgan, salgan toros).

—Rokhochito, rokhochito (salgan, salgan toros).

Inmediatamente salieron del rokhochito muchos toros pequeños, furiosos, que agrandándose embistieron a la madrastra, obligándola a devolver el pan al huérfano.

Después de esta experiencia, el dueño del rokhochito quiso tener fama. Se alistó en el Ejército para ir a la guerra que sostenía su patria con el invasor.



Su patria estaba perdiendo y los jefes ya pensaban rendirse. El indiecito se presentó ante el jefe y le prometió ganar la guerra. Le aceptaron. En el campo

de batalla pidió ocho soldados, y en el momento de la batalla que atacaba el enemigo, que era numeroso, volvió a frotar el cajoncito, repitiendo siempre:

—Rokhochito, rokhochito (salgan, salgan toros).

—Rokhochito, rokhochito (salgan, salgan toros).

Salieron centenares de toros furiosos que acometieron al enemigo que, no pudiendo soportar el ataque, tuvo que huir derrotado.

Triunfante, volvió a su pueblo, se casó y vivió feliz sin que nunca le faltara la comida y el respeto de las gentes.

BRASIL

El macaco y el rabo

Una vez un macaco pensó hacer fortuna. Para eso fue a colocarse por donde tenía que pasar un carretero con su carro. El macaco extendió el rabo por el camino por donde deberían pasar las ruedas del carro. El carretero, al ver esto, le dijo:

—Macaco, retira el rabo del camino, que quiero pasar.

—No quiero retirarlo —respondió el macaco.

El carretero fustigó a los bueyes y el carro pasó por encima del rabo del macaco y se lo cortó. El macaco, entonces, empezó a dar gritos, diciendo:

—¡Yo quiero mi rabo! ¡O si no que me den una navaja!…

El carretero le dio una navaja, y el macaco, muy alegre, empezó a gritar:

—¡Perdí mi rabo! ¡Gané una navaja! ¡Tinglin, tinglin, que voy para Angola!…

Echó a andar, y pasado un buen trecho, se encontró a un negro muy viejo, que estaba haciendo cestas y cortando los mimbres con los dientes.

El macaco le dijo:

—¡Oh, viejo amigo, pobre de ti, que estás cortando los mimbres con los dientes! Ten esta navaja.

El negro la cogió, pero cuando fue a cortar el mimbre, se le partió la navaja.

El macaco, entonces empezó a gritar:

—¡Yo quiero mi navaja! ¡O si no dame un cesto!

El negro viejo le dio un cesto y el macaco se fue muy contento gritando:

—¡Perdí mi rabo, gané una navaja, perdí mi navaja, gané un cesto!… ¡Tinglin, tinglin, que voy para Angola!

Siguió andando, y más adelante se encontró a una mujer que estaba haciendo pan y lo ponía en sus sayas.

—¡Oh señora mía —dijo—, haciendo pan y poniéndolo en las sayas! Aquí tiene un cesto.

La mujer lo aceptó, y empezó a echar los panes en el cesto, pero he aquí que al echar uno se cayó el fondo del cesto. El macaco empezó a gritar:

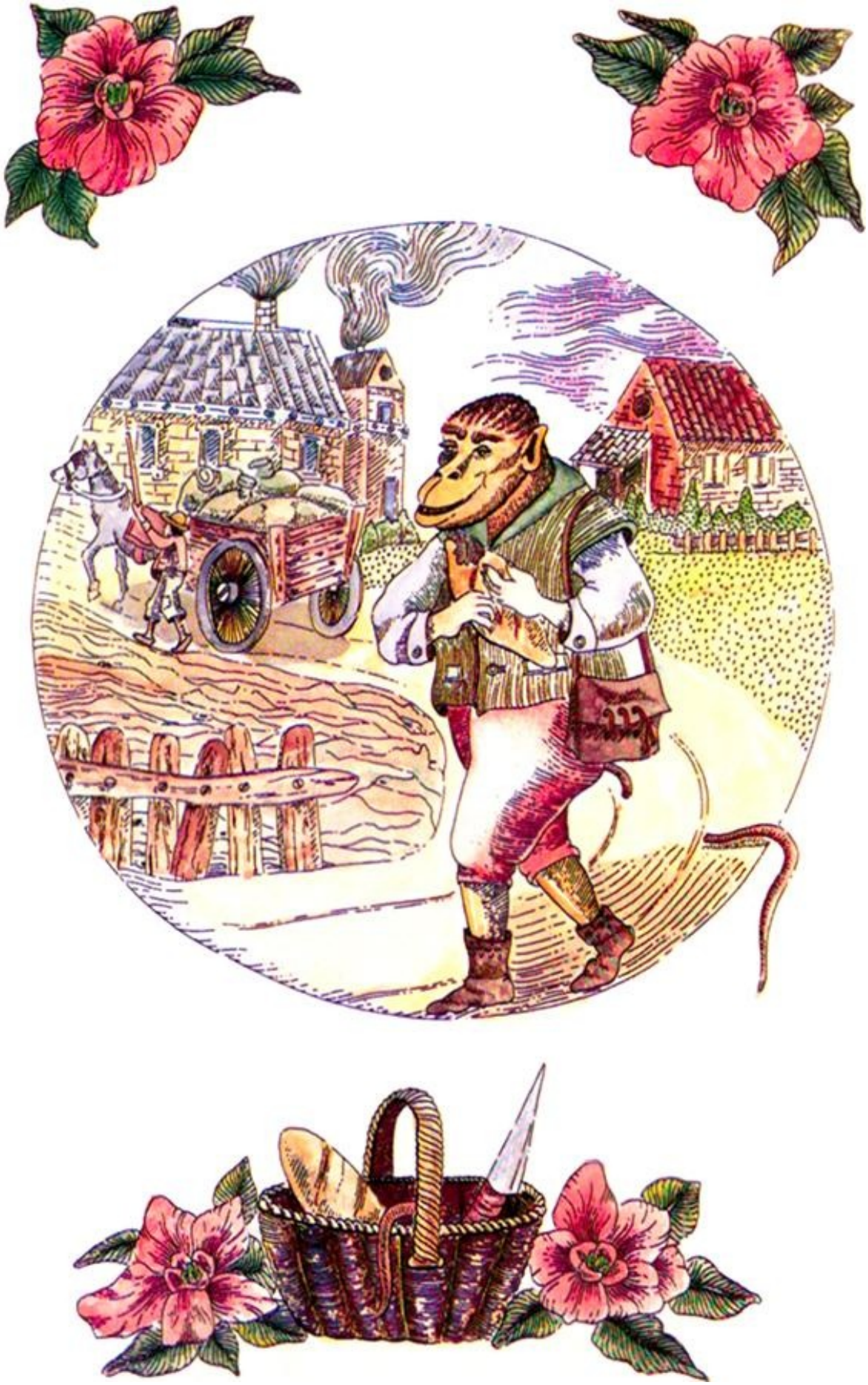


—¡Yo quiero mi cesto, yo quiero mi cesto! ¡Si no que me den un pan!

La mujer le dio un pan, y él muy contento empezó a decir:

—¡Perdí mi rabo, gané una navaja, perdí mi navaja, gané un cesto, perdí mi cesto, gané un pan!… ¡Y ahora me voy a comer el pan! ¡Tinglin, tinglin, que voy para Angola!

Y se fue, comiéndose el pan.



COLOMBIA

Tío Conejo y tía la Zorra muerta

Esto eran tío Lobo y tía la Zorra, que estaban reunidos una vez resolviendo la forma de deshacerse de tío Conejo, pues francamente ya no los dejaba vivir tranquilos con el montón de perrerías y malas pasadas que, a diario, les estaba jugando, sin que ellos hubieran podido vengarse en ninguna forma, a pesar de que eran muchos los que perseguían al malicioso Patecera.

Ese día hacían recuento de todo lo que habían sufrido por culpa del guatín[2] y el recuerdo de todo ello los llenaba de rabia. Una vez había pelado con agua hirviendo a tío Lobo, a quien encerró en un cajón con huecos, cuando los perros de tío Hombre lo perseguían; otra que a tía la Zorra, a la cual hizo asistir a una fiesta sirviéndole de caballo y llevando tío Conejo un par de espuelas que chuzaban tremendamente. En fin, que ya no podían soportarlo más. Porque nada les había valido poner la queja al Rey de los Animales, pues tío León lo que hacía era reírse de los denuncios celebrando las pilatunas[3] del Patecera.

Así, pues, se pusieron a estudiar un plan y convinieron en pegarse una gran merienda con tío Conejo, seguros de que éste caería en la celada que le iban a tender. Y fue que acordaron en que la tía Zorra se iría para su casa, se acostaría en su cama y se haría la muerta. Tío Lobo mientras tanto saldría a dar la noticia, y tío Conejo, al saberla, curioso como era, iría a verla y allí lo atraparían y matarían.

En efecto, tía Zorra llegó a su casa, se acostó y se quedó quietecita como si hubiera dejado de existir. Tío Lobo salió tocando cacho por los lados de la cueva del tío Conejo para que éste lo oyera.

Aauuttuuuuttuu…, aaauuuutytuuuuttuu —gritaba tío Lobo—, auuuttuuu… ¡¡¡Se avisa a los buenos vecinos que la pobre tía Zorra ha estirado la pata y se convida al velorio!!!

Claro, tío Conejo escuchó y salió rápidamente a curiosear. Pero al llegar a la puerta de la casa de tía la Zorra, que estaba de par en par, vio a ésta estirada

sobre su cama, y malicioso como era, se puso a observarla entrándole cierta dudita de que en realidad no había tal velorio, sino que se trataba de algo contra él. Entonces para convencerse, y sabiendo lo atembada que era tía la Zorra, dijo en alta voz:



—Me había informado de que la pobre tía la Zorra había muerto, pero ahora, por fortuna, me convenzo de que se trata de una gran mentira. Porque cuando una zorra está muerta no hace más que voliar la pata derecha, y aquí mi amiga la tiene quieta.



Oír esto tía la Zorra y ponerse a voliar la pata que decía tío Conejo fue ahí mismo. Entonces el Patecera, lanzando una carcajada, salió volao gritando:

—¡Que te compre el que no te conozca, amiga tía la zorra! ¡A mi ya me salieron los dientes!

COSTA RICA

Tío Conejo y tía Boa

Tío Conejo estaba muy preocupado porque era la tercera vez que había estado en un así de que se lo echara de un bocado tía Boa. La había encontrado hecha una espiral entre el zacatito[4] verde en donde él acostumbraba cenar, y creyéndola dormida no le hacía caso, pero, cata, que de pronto tía Boa se desenrolla como por resorte, y si no hubiera sido porque tío Conejo tenía buenas piernas, se lo había tragado.

Se puso a pensar y va de pensar cómo haría para matarla: era tan larga, tan gruesa, que de sólo verla le temblaba el cuerpo. Al fin le vino una idea. Tomó un saco de tela gruesa y se encaminó hacia la casa de tía Boa. Ella vivía en el hueco de un tronco carcomido de un viejo espabel que daba sombra a un ojo de agua. Como si fuera con alguien, al acercarse al árbol se puso a decir, primero en voz alta y luego en voz más baja, diferente a la suya:

—¿A que alcanza?

—¿A que no alcanza?

—¿A que alcanza?

—¿A que no alcanza?

—¿A que sí?

—¿A que no?

—¡Apostemos que sí!

—¡Apostemos que no!

—¡Hombre, que sí alcanza!

—¡Hombre, no seas maceta, que tía Boa es más larga que un camino y más gruesa que ese espabel; yo apostaría mi cabeza a que no alcanza!

—¡Pues yo digo que sí alcanza!

Al decir la última frase iba llegando tío Conejo a la casa de tía Boa, la cual dormía y a las voces se había despertado. Por fortuna estaba de buen humor, pues tenía en la panza un cariblanco[5] que había bajado al ojo de agua; así es que estaba haciendo la digestión. Asomó la cabeza por el hueco y, como viera a tío Conejo, le preguntó:

—¿Idiai, hombré, qué es esa algazara que traés que me ha despertado?

—Pues, señora, vaya viendo que ese porfiado de mi hermano (al mismo tiempo indicaba con el dedo detrás del árbol hacia unos matones, como si allí estuviera escondido el supuesto hermano) dice que apuesta a que usted no alcanza en este saco (mostró a la vez el saco a tía Boa), y yo le digo que apostemos a que sí alcanza.



—Abre la boca al saco —dijo tía Boa— para acomodarme dentro; así se convencerá ese porfiado y tú ganarás la apuesta.

Tío Conejo, mientras tanto, decía para sí:

—¡Ay!… María Santísima, que no le den ganas a tía Boa de comerme.

Le temblaba todo el cuerpo, pero logró serenarse y abrió el saco, acomodándose en él la tía Boa perfectamente. Sin pérdida de tiempo tomó tío Conejo una cuerda que llevaba en el bolsillo, amarró con nudo ciego la boca al saco y de un empujón lo echó al río.

CUBA

El hijo del pescador

Una vez un pescador muy pobre llamado Pedro fue al mar y oyó una voz que le dijo:

—Pedro, si tú me das lo que venga a alcanzarte al camino hoy, yo te daré una canasta de pejes[6] todos los días.

Entonces el pescador pensó:

"Es muy buena mi perrita pero mis niños pasan mucha necesidad; voy a regalar la perrita". Y contestó:

—Sí, te daré lo que venga a alcanzarme hoy al camino.

Y metió la canasta y la sacó llena de pejes, y salió muy contento para su casa. Cuando iba llegando a su casa salió su hijo mayor Juan a alcanzarlo y él lo recibió llorando.

Juan le dijo:

—Papá, ¿por qué usted está así si trae más pejes que nunca?

Y él le contestó:

—Las cosas de la vida son así, hijo.

Pero al otro día cuando fue al mar oyó la voz que le dijo:

—¡Qué bien cumpliste con la palabra que me diste!

El pescador se echó a llorar a la orilla del mar.

Y aquella voz le dijo:

—No te pongas triste, Pedro, mira que va a ser la felicidad de Juan.

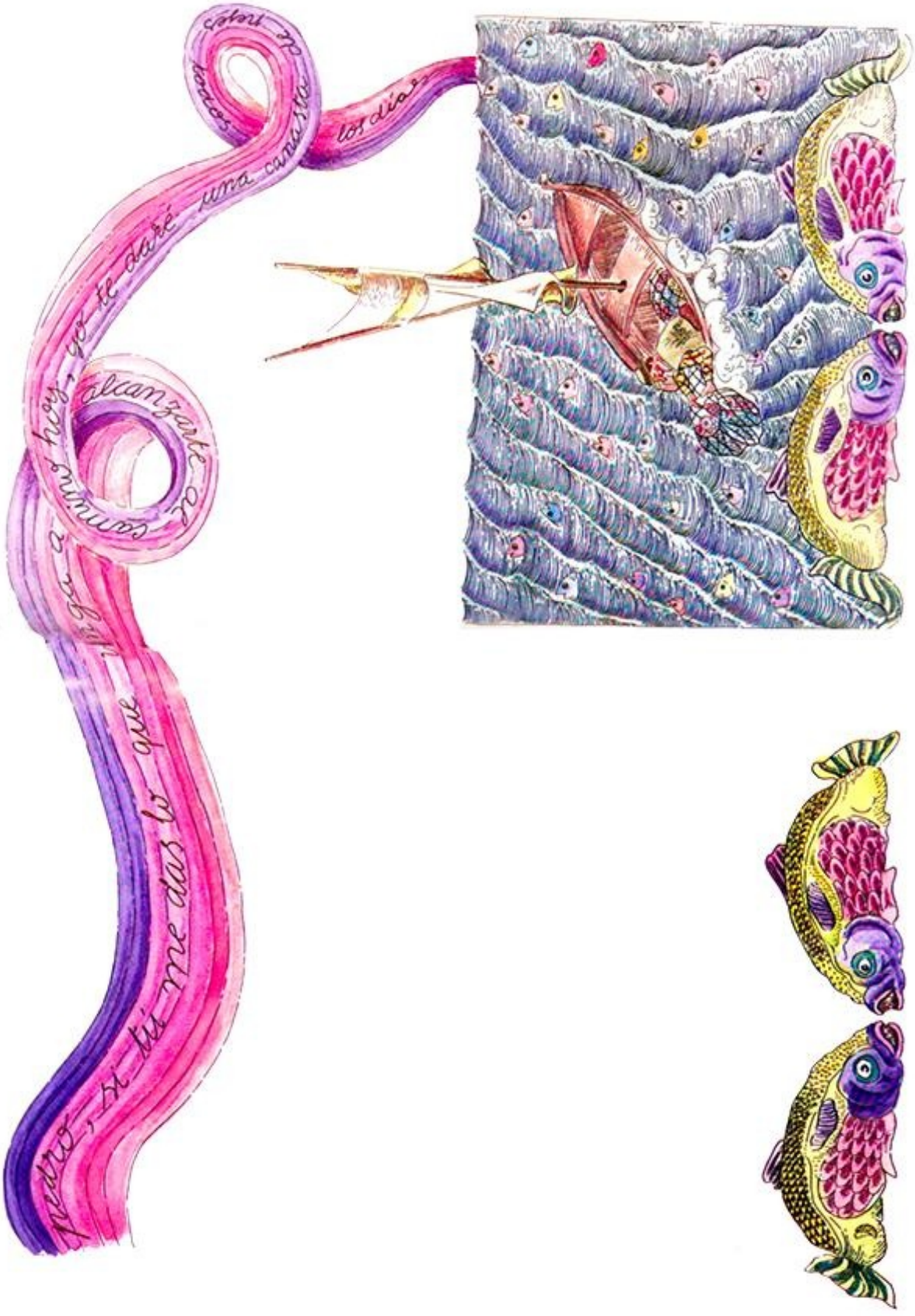
Tiró la canasta al mar y la sacó llena de pejes, otra vez. Se fue para su casa y volvió a recibirlo Juan; él llegó llorando a su casa y les contó lo que le había sucedido en el mar.

Juan le dijo:

—Si tú me llevas yo me voy.

La vieja estuvo también de acuerdo con que él se fuera.

Entonces Pedro llevó a Juan al mar al otro día y vino un barco a la orilla, cerradito de alegría, con mucha música y muy bonito, que dijo:


Pedro, si tú me das lo que
Simón, hoy, yo te daré una cantidad
todos los días

—Entra, Juan.

Y salió con él hacia un desierto. Y lo dejaron en un castillo.

Luego, cuando llegó la hora de almorzar, oyó una voz que le dijo:

—Ya el almuerzo está servido.

Él se arrimó a almorzar, pero no vio a nadie, y más tarde, a la hora de la comida pasó lo mismo, pero él tampoco vio a nadie.

Él pensó:

“Esto ha de ser una cosa misteriosa”.

Más tarde, a la hora de dormir, vio encender las luces y arreglar una cama.

Y él dijo:

—¿Esta cama será para mí?

Entonces él se acostó en ella y el castillo se apagó otra vez, sintió acostarse a su espalda a alguien.

Él pensó:

“Esto ha de ser una cosa misteriosa”.

Así pasaron muchos días, después le dijo una voz:

—Juan, ya tú tendrás ganas de ver a tu familia.

Y él le contestó que sí.

La voz le dijo:

—Pues mañana vas a ir, pero sí te voy a encargar una cosa, no te dejes besar ni abrazar de nadie, ni echarte nada en los bolsillos.

Entonces salió aquel barco muy alegre hacia la bahía, y Juan encontró a Pedro en la orilla y le contó su historia. Fueron para la casa y volvió a contar lo que a él le sucedía y nadie lo besó ni lo abrazó. Pero su abuelita, por la noche, cuando él estaba dormido lo abrazó y lo besó y le echó un cabo de vela y una caja de fósforos en los bolsillos.

Al otro día Juan salió con Pedro para el mar y vio venir aquel barco lindo y alegre cerradito de negro y muy triste.

Entonces él pensó:

“Este misterio no ha de estar contento con mi viaje”.

Entonces el barco llegó al muelle y le dijo:

—Entra Juan. ¡Qué bien cumpliste con la palabra que me diste!

Juan le dijo:

—Yo no me dejé abrazar ni besar de nadie.

La voz le dijo:

—¿Sí? Regístrate los bolsillos y verás…

Entonces él vio que traía en los bolsillos una caja de fósforos y un cabo de vela.

Y él le dijo a aquella voz:

—Nada, yo lo boto.

La voz le dijo:

—Ya para qué. Estamos perdidos.

Y se lo llevó.

Y Juan, cuando se fue a acostar sintió acostarse alguien a su espalda otra vez.

Entonces él pensó:

"De todos modos ya estoy perdido, voy a ver qué cosa es".

Ralló un fósforo y vio que era una mujer y le dijo:

—¿Qué es lo que yo tengo que hacer ahora?

Y ella le dijo:

—Tendrás que ir a las siete torres milin, del castillo donde irás y no volverás. Allá te diré lo que tendrás que hacer.

Entonces él salió con rumbo a las siete torres milin y en el camino encontró un león, un águila y una hormiga compartiendo a una res.

Él pensó: "Aquí mismo me van a comer".

Pero siguió. Después que pasó dijo:

—Gracias a Dios que ya de ésta me salvé.

Pero a poco de andar, el león dijo:

—Ve, águila, tú que eres más liviana, y dile a ese señor que venga para que nos comparta esto.

Entonces el águila voló y alcanzó al hombre en el camino y le dijo:

—Señor, dice el león que vaya allá un momento.

Y entonces él pensó:

"Ahora sí es verdá que me va a comer".

Pero llegó y le dijo:

—¿Para qué usted me quería, señor león?

—Para nada, amigo; para que nos hiciera el favor de compartirnos esta res.

Entonces él les dijo:

—¿Quedarán conformes con la partición que yo haga?

Y el león dijo:

—Sí hombre, cómo no, amigo.

—A usted, como tiene buena dentadura, le daremos carne y hueso; a usted, águila, como no tiene dientes, le daremos masas; pero a usted, hormiguita, como es chiquita, le daremos la cabeza que le sirve de comida y casa.

Y les preguntó:

—¿Están conformes con la partición?

—Sí, hombre, cómo no, amigo —le contestó el león.

Y él se fue.

A poco andar, le dice el león al águila:

—Caramba, qué mal agradecidos fuimos que no le dimos las gracias ni tan siquiera a ese señor. Ve tú, águila, y dile a ese señor que venga acá.

Entonces él pensó por segunda vez:

"Ya de ésta si no puedo escapar, me va a comer el león".

Pero fue y le dijo al león:

—¿Qué, señor león, no quedaron conformes con la partición?

—Sí, cómo no. Por eso lo mandé a buscar, porque fuimos tan mal agradecidos que ni las gracias le dimos.

El león dijo:

—Mire, yo le daré un pelito de mi bigote para cuando usted diga: "Adiós si león", se volverá un león.

Por lo siguiente, el águila le dijo igual:

—Yo le daré una plumita y cuando usted diga: "Adiós si águila", se volverá un águila.

Por lo siguiente la hormiguita dijo:

—Yo aunque cojita me quede le daré una patica y cuando usted diga: "Adiós si hormiga", se volverá una hormiga.

Entonces, a poco andar, él dijo:

—Voy a probar la plumita a ver si es verdad; y dijo: "Adiós si águila".

Y se volvió un águila y salió volando.

Y dijo:

—¡Qué dichoso soy! Quiera Dios que todo me salga bien.

Entonces cayó en una cañada y dijo:

—"Adiós si león".

Y se volvió un león. Entonces, a poco andar, él dijo:

—Voy a utilizar la pluma para andar más rápido, y dijo: "Adiós si águila".

Y se volvió un águila y salió vuela y vuela y vuela y cayó en las siete torres milin y una muchacha dijo:

—¡Qué aguilita más bonita! ¡Agárramela, papá!

Y el gigante que era su papá, dijo:

—¿Quién va a agarrar a ese animal a esta hora?

Pero a tanta lucha de la muchacha, el gigante la agarró, y dijo:

—Tráncala bien, que no se te vaya a ir.

Entonces por la noche la aguilita dijo:

—“Adiós si hormiga”.

Y se volvió una hormiga. Entró por una abertura que tenía la puerta y cuando llegó a la cama de la muchacha, dijo:

—“Adiós si hombre”.

Se volvió un hombre y le dio un pellizco a la muchacha y ella gritó y dijo:

—¡Aquí adentro hay uno!

Y él dijo:

—“Adiós si hormiga”.

Y se volvió una hormiga. Entró a la jaula y dijo:

—“Adiós si águila”.

Y se volvió un águila. El gigante se levantó y no vio a nadie en el cuarto.

Al poco rato él volvió a ir donde ella estaba y volvió a gritar ella al pellizco.

El gigante se levantó y no encontró a nadie, y le dijo:

—Si vuelves a gritar te voy a dar una mano de plan que te voy a pelar.

Y la mujer del gigante dijo:

—¿No será el aguilita?

El gigante fue a la jaula y dijo:

—No, hombre, no. Si esa llega a mañana es mucho porque está triste.

Entonces después que se durmieron fue otra vez la hormiguita a la cama de la muchacha y le dijo:

—No te asustes que soy yo, Juan, dime ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Conforme tuviste la suerte de llegar aquí quién sabe tengas la suerte de vencerlo todo. Mañana te voy a soltar para que estires las paticas y te vas hasta el río a ver si logras matar al puerco espín, que ése es el gigante; adentro del puerco espín hay una paloma y dentro de esa paloma hay un huevito, le sacas ese huevito y cuando el gigante te salga se lo escachas en la frente y te harás de todo este castillo.

Entonces al otro día la muchacha dijo:

—Voy a soltar esta aguilita para que estire las paticas.

Y el aguilita fue a parar al río, donde dijo:

—Voy a prepararme por si viene el puerco espín.

Y dijo: “Adiós si león”.

Y se volvió un león.

Entonces venía el puerco espín a esperar el ganado, y él le dijo:

—Tenemos que echar una lucha.

El puerco espín le dijo:

—Tenemos que echar una lucha.

A media pelea el puerco espín dice:

—Estamos rendidos. ¡Qué falta me hace un vaso de vino y un pedazo de carne para ganarte en dos patas!

Y el león dijo:

—Qué falta me hace un vaso de agua y un beso de una muchacha para ganarte en seguida.

Una muchacha que oyó aquellas palabras fue asombrada para su casa y lo contó.

Y dijo:

—Mamá, el ganado está completo. Yo me atrevería si se prendieran otra vez a darle el agua y el beso a ese león.

Y la madre le dijo:

—Sí, hija, si te atreves ve mañana, que quién sabe ellos se prendan otra vez.

Al otro día la muchacha fue temprano y se acercó a aquel lugar; vio salir al león cuando venía el puerco espín y le dijo el león:

—Tenemos que echar una lucha.

Dijo el puerco espín:

—Estamos prendidos.

Y ella se fue acercando a donde estaba la pelea. Cuando fueron a descansar el puerco espín dijo:

—¡Qué falta me hace un vaso de vino y un pedazo de carne para ganarte en dos patas!

La muchacha se acercó al león y cuando el león dijo:

—¡Qué falta me hace un vaso de agua y un beso de una muchacha!

Ella brincó y le dio el beso y el agua al león. En seguida el león mató al puerco espín y dijo:

—“Adiós si hombre”.

Y se volvió un hombre. Abrió al puerco espín y salió volando una paloma que tenía adentro. Y él dijo:

—“Adiós si águila”.

Y se volvió un águila, salió volando y agarró la paloma, la abrió y le sacó el huevito que tenía dentro. Se fue para la torre milin y cuando salió el gigante a comérselo él tiró el huevito y lo mató.

Se hizo dueño de todo aquel castillo y de la muchacha que tanto amaba a Juan, aunque ni tan siquiera la conocía a ella.

CHILE

El árbol de las tres manzanas de oro

Este era un viejo rey, muy rico y poderoso, que gobernaba un extenso país lleno de recursos y muy poblado.

Este rey tenía tres hijos, hermosos, fuertes y valientes, queridos de todo el pueblo y mucho más de sus padres, a quienes respetaban y amaban con idolatría.

El rey y su familia moraban en un suntuoso palacio, a cuyos pies se extendía un huerto plantado de toda clase de árboles frutales de las especies más escogidas y variadas; pero su principal ornamento era un enorme y bellísimo manzano, cuya copa descollaba sobre todos y se divisaba desde muy lejos.

Su tronco de plata y sus hojas de bronce eran la admiración de cuantos lo veían.

Una antigua leyenda ligaba su existencia a la suerte del reino.

Este árbol prodigioso daba todos los años tres manzanas de oro, que maduraban sucesivamente en las tres primeras noches del mes de enero; pero desde hacía tres años, alguien se introducía en el huerto y se las robaba en el momento preciso en que entraban en sazón sin que hubiese sido posible atrapar, y ni siquiera ver, al miserable que las substraía, a pesar de las infinitas precauciones que se tomaban para impedir su entrada, y de que una numerosa guardia, armada hasta los dientes, se establecía aquellas tres noches alrededor del árbol. Poco antes de las doce un sueño irresistible se apoderaba de todos y no despertaban hasta el día siguiente, cuando ya la fruta había desaparecido.

El rey se sentía sumamente afligido con esta desgracia, que lo era, y muy grande, pues, como se ha dicho, la suerte del reino dependía del manzano maravilloso.

Una vez, en el último día del año, que el rey se hallaba rodeado de sus hijos y de todos los grandes de la corte, dijo:

—Mañana a media noche madurará la primera manzana de oro, y por cuarta vez vendrá el misterioso ladrón y se la robará. ¿No hay entre todos

ustedes un valiente que estorbe su entrada?

Se acercó al trono el hijo mayor del rey e hincando una rodilla ante su anciano padre, habló de esta manera:

—Mi señor y padre, yo me propongo esperar a nuestro enemigo y no dejarme dominar por el sueño, y por fuerte que sea, vencerlo y arrastrarlo encadenado a vuestras plantas.

—Anda, hijo —contestó el rey— y quiera Dios que te vaya bien en la empresa.

Se retiró el príncipe a sus habitaciones, y aunque no eran más de las 2 de la tarde, se echó a dormir, a fin de no tener sueño en la noche. Como a las 11 despertó, y armándose de poderosas armas, se dirigió al huerto y se sentó al pie del manzano a esperar la llegada del ladrón.

Al dar la campana del reloj del palacio el primer golpe de las 12, se iluminó el huerto con una luz tan viva que el príncipe, como herido por un rayo, perdió la vista y cayó desvanecido en tierra.

Al día siguiente lo encontraron tendido, como muerto, y en el árbol sólo vieron dos manzanas de oro: una había sido robada.

En el consejo que se celebró ese día, se comentó el hecho en medio de gritos de venganza; pero nadie, sino el segundo de los hijos del rey, se ofreció para velar esa noche y hacer un escarmiento en el desconocido personaje que se había propuesto acabar con la tranquilidad del reino.

Pero el hombre propone y Dios dispone, y las cosas no resultaron según los deseos del príncipe. Los hechos se repitieron en igual forma que en la noche anterior, y en la mañana siguiente encontraron al príncipe tendido en el suelo, sin conocimiento y sin vista. En el árbol no quedaba sino una manzana.

La consternación más profunda se pintaba en todos los rostros. En el consejo nadie se atrevía a hablar; parecía que todos habían perdido el uso de la palabra.

Pero he aquí que el tercero de los príncipes, jovencito, imberbe, de unos 18 años, se adelantó hasta el trono, y prosternándose ante su padre, se expresó del siguiente modo:

—Señor y padre amado, me aflige veros triste y contemplar a mis hermanos en el miserable estado en que han quedado; me aflige ver al pueblo sobrecogido de espanto y a todos sin ánimo ni valor para nada. Yo deseo acabar con este estado de cosas; quiero que la paz vuelva a todos, y espero que Dios dará fuerzas suficientes a mi brazo para vencer al enemigo común y volver a todos la tranquilidad. Dadme vuestra bendición, bendecid también mis armas, y que Dios me ayude.

Con los ojos inundados de lágrimas, bendijo el rey al príncipe y bendijo asimismo las armas que éste depositó a sus pies. En seguida, el príncipe, pidiendo permiso al rey para retirarse, salió de la sala con paso tranquilo, se dirigió a sus habitaciones, en donde estuvo orando hasta cerca de las 12, hora en que, armado nada más que de su arco y de una flecha (las armas que su padre había bendecido), se dirigió al huerto con la confianza de que había de vencer.



Poco después sintió un ruido, como el de una gran ave que volara a corta distancia, y al dar el reloj la primera campanada de las 12, el huerto se iluminó con una luz vivísima. Pero el príncipe, en vez de mirar inmediatamente hacia el árbol de las manzanas de oro, como lo habían hecho sus hermanos, se prosternó humildemente y, sólo después de invocar el nombre de Dios y pedirle su ayuda, tomó el arco y colocó la flecha en la cuerda. Al resplandor de la luz, que se había dulcificado notablemente, pudo ver el príncipe un águila enorme, con las plumas de oro, que tenía sobre sus hombros a una hermosísima princesa sujeta de la cintura con una cadena de oro, cuyo extremo apretaba el águila fuertemente con una de sus patas, mientras con la otra trataba de agarrar la única manzana que quedaba. En el preciso momento que el ave la cogía, el príncipe lanzó la flecha c hirió la pata con que el ave acababa de tomar la manzana.

El águila lanzó un grito de dolor, soltó la manzana, que el príncipe se apresuró a levantar, y huyó. Pero antes la princesa arrancó al ave una pluma de oro y lanzándosela al joven, le gritó:

—Guárdala, que ella te servirá para encontrarme.

Cuando el príncipe volvió al palacio con sus trofeos, fue recibido con los mayores transportes de alegría. El rey no cabía en sí de gozo, pues como todos los demás, temía que al príncipe le hubiese sucedido la misma desgracia que tan cruelmente había herido a sus hermanos.

Una vez que el joven terminó de referir la aventura, manifestó a sus padres que tenía deseos de ir a la conquista de la hermosa princesa, y de matar al águila para librar el reino de las desgracias que este monstruo pudiera causarle.

El rey le dio permiso para tentar esta nueva empresa; y el joven, que tenía prisa de partir, pues el recuerdo de la princesa le había medio trastornado, arregló en un momento sus prevenciones de viaje, y sin acompañarse de nadie, se lanzó por el primer camino que halló a su paso.

Así marchó al azar días y días, preguntando en todas partes si sabían en dónde se encontraría el águila de las plumas de oro; pero nadie le daba noticias.

Un día que iba muy triste y pensativo, porque el tiempo pasaba y pasaba sin adelantar en sus diligencias, fue de pronto sacado de su meditación por la algazara que formaban unos cuantos niños dentro de una zanja abierta a orillas del camino. Se acercó a ver qué motivaba la bulla y vio que los chicos ortigaban a una gran rana que tenían en el suelo tendida de espaldas, El príncipe les increpó su crueldad, les castigó suavemente y les obligó a

retirarse. En seguida tomó la rana y la ocultó a alguna distancia entre la yerba a fin de que, si los niños volvían, no la encontraran.

Anduvo todavía varios días, siguiendo caminos y cruzando bosques en que no encontraba a nadie, hasta que por fin llegó a una choza que se levantaba a orillas de un arroyo. En la puerta estaba sentada una viejecita de aspecto agradable, que tomaba tranquilamente su mate, que ella misma se cebaba. El príncipe la saludó afablemente y le preguntó si podría decirle en dónde encontraría al águila de las plumas de oro y a la princesa que tenía prisionera. La viejecita le contestó que seguramente podría darle algunas noticias que le interesarían, pero que era bueno que bajase del caballo para que se sirviera un matecito y descansara. El príncipe accedió a los deseos de la anciana, quien le cebó su buen mate con hojas de cedrón y cáscaras de naranjas, y después lo condujo a una pieza en que había una excelente cama, que el príncipe, que no había reposado en lecho desde que había salido de palacio, encontró más blanda y agradable que la que tenía en sus habitaciones.

Durmió el príncipe como un ángel de Dios, y al día siguiente se levantó reconfortado y alegre y con mayores deseos de continuar la aventura. Agradeció a la viejecita sus servicios, la obsequió con algunas de las provisiones que llevaba y le rogó que le diese las noticias que le había ofrecido. La anciana le dijo:

—Joven príncipe, tú has sido bueno conmigo, tienes un corazón bondadoso, pues te apiadas de la desgracia ajena, y yo quiero pagar la deuda que contigo tengo contraída, en cuanto mi poder alcance, y premiar tu virtud.

El príncipe no comprendió lo que la buena mujer le decía, y pensando que tal vez se refería a las provisiones que le había obsequiado, le dijo:

—¡Señora!, si el alojamiento que usted me ha ofrecido y la buena noche que he pasado en su casa valen cien veces más que los pobres víveres que le he dejado; de manera que yo soy siempre su deudor.

—No es esa mi deuda. ¿Te acuerdas, príncipe, de aquella rana que ortigaban unos niños dentro de una zanja y a quien tú salvaste? Pues aquella rana soy yo, que a estas horas habría perecido a manos de aquellos malvados muchachos si tú no me quitas de su poder. Yo soy agradecida y pagaré mi deuda de la mejor manera posible. En un palacio muy distante de aquí vive un gigante hechicero, muy malvado, y mi enemigo. Él es quien tiene prisionera a la princesa que buscas y él también, el que, convertido en águila con las plumas de oro, va todos lo años a robar al huerto de tu padre las manzanas del árbol maravilloso. Esas manzanas son las que mantienen su poder, y como en su última correría sólo alcanzó a robar dos, su poder no durará sino los ocho

primeros meses de este año; además, la pluma que le arrancó la princesa ha disminuido su fuerza, que también se ha aminorado un poco con la herida que tú le causaste en una pata y que lo ha dejado cojo. Si tú quieres esperar que se cumplan los ocho meses, no te costará más trabajo conquistar a la princesa que vencer al gigante en lucha ordinaria, de hombre a hombre, con la seguridad de que, con los medios que yo te proporcione, saldrás vencedor; pero, si desde luego quieres rescatar a la prisionera y matar al enemigo de tu patria, tendrás que correr muchos y grandes peligros, a pesar de las fuerzas que ha perdido el gigante, pues su poder siempre es mucho y está rodeado de feroces auxiliares.

—Prefiero correr los peligros —dijo el príncipe— y dar fin de una vez a esta empresa, aunque perezca en la contienda.

—No perecerás, pero tendrás que pasar grandes fatigas. Sigue el camino que principia aquí, al frente de mi choza, y después de tres días de marcha llegarás a casa de una bruja tuerta, más mala que la hiel y comadre muy querida del gigante: ésta es la primera avanzada que tienes que vencer. Cuando llegues, la encontrarás sentada a la puerta, con la espalda vuelta al camino; te acercarás a ella, procurando que no te sienta y cuando llegues a donde está, trata de meterle en el ojo derecho la pluma de oro que te lanzó la princesa, y quedará ciega; entonces te apoderas de un hacha que guarda detrás de la puerta y que te servirá para vencer a las fieras que custodian el palacio del gigante, para pelear con este mismo y derrotarlo y para cortar las cadenas con que está aprisionada la princesa. Tomarás también una redoma que la bruja tiene en una mesa de arrimo que hay en la primera pieza de la derecha; el agua que contiene es de virtud, y para aprovecharla introducirás en ella la pluma de oro y te lavarás las quemaduras y heridas que te produzcan los monstruos guardianes del palacio. De la misma manera curarás, cuando vuelvas a palacio, la ceguera de tus hermanos. Si alguna desgracia imprevista te sucede, acuérdate de mí y correré en tu auxilio. Ahora anda, y que Dios te ayude.

Partió el príncipe todo alborozado y a los tres días de casi un continuo andar, el caballo se detuvo a corta distancia de la puerta de una modesta casa, en la cual había un mujer sentada en un piso, con la espalda vuelta al camino. Se bajó el príncipe de su caballo y andando muy quedito, en la punta de los pies, se acercó a la mujer y le metió la pluma de oro en uno de sus ojos; pero por desgracia se equivocó, pues en vez de introducirla en el derecho, que era el sano, se la metió en el izquierdo, que era el tuerto. La mujer, al sentirse herida, entró a la casa y volvió rápidamente trayendo un poco de agua de la

redoma con la que roció al príncipe, diciendo al mismo tiempo: “Vuélvete quiltro”. Y el príncipe se convirtió al punto en un perrillo sucio y despreciable. La mujer tomó incontinenti un garrote y le propinó una de las palizas más famosas de que haya memoria.

El príncipe huyó al interior de la casa con la cola entre las piernas aullando lastimosamente.

¡Cómo se lamentaba el pobre de su error! ¡Ya todo está perdido! ¡Adiós, princesa, padres y hermanos!

Pero de repente se acordó de la última recomendación de la viejecita y se puso a decir muy bajito, para que no lo oyeran: “¡Ranita, ranita, acuérdate de este pobre príncipe!” Y casi al mismo instante que terminaba estas palabras, vio a su lado a la rana.

Dio la rana un salto y díjole al oído: “No tengas cuidado, esperemos que la bruja duerma y entonces pagará las hechas y por hacer”.

Pasadas unas dos o tres horas, se acercaron a la puerta de la pieza en que la bruja dormía y sintieron que roncaba ruidosamente. Entonces la rana se convirtió en la viejecita que había conocido el príncipe tres días antes y diciendo unas palabras ininteligibles, el príncipe dejó de ser perro y tomó su forma natural. La pluma de oro sirvió para abrir la puerta del dormitorio de la bruja, sin que hiciera ruido; y entonces tomando el príncipe el hacha que estaba tras de la puerta asestó a la bruja tal golpe en el cuello que le separó la cabeza de los hombros.

La viejecita tomó la redoma y le dijo al príncipe que ella lo acompañaría para que no le sucediera otra nueva desgracia. Abandonaron la casa, y a la luz de la luna vio el príncipe dos caballos, el de él, en que montó, y otro más, en que subió la viejecita.

Emprendieron la marcha y cuando ya era de día divisó el príncipe, muy lejos, muy lejos, en la cumbre de una alta montaña, una especie de castillo. La viejecita le dijo: “Este es el palacio del gigante, a quien venceremos con la ayuda de Dios”.

Siguieron avanzando, y cuando ya estaban como a una legua de distancia del palacio, llegó hasta ellos un ruido ensordecedor de maullidos, ladridos y rugidos espantosos, como si miles de fieras lanzaran a un tiempo sus gritos amenazadores. Cualquiera habría retrocedido lleno de pavor, pero nuestros viajeros siguieron impertérritos su camino.

Media legua más habrían andado los caballos cuando un impedimento bastante serio los detuvo por un instante: las fieras no se contentaban ya con sus gritos, sino que al mismo tiempo lanzaban por hocico y narices gruesos

chorros de fuego líquido que llegaban hasta nuestros caminantes y casi los abrasaban. Pero la pluma de oro empapada en el agua de la redoma se portó a las mil maravillas, pues, no sólo les curó como por ensalmo las llagas que el fuego les había producido, sino que además los inmunizó para recibir nuevas quemaduras.

Entonces pudieron avanzar sin cuidado; pero antes de llegar hasta la puerta del palacio tenían que atravesar una larga extensión de terreno ocupada por una multitud de leones, tigres, serpientes, demonios y otras fieras y monstruos servidores del gigante, que estaban dispuestos a despedazara los dos intrusos o dejarse destrozar por ellos antes que permitir llegaran hasta su amo.

Pero el príncipe, armado del hacha encontrada en la pieza de la bruja, y la viejecita, blandiendo la pluma de oro impregnada con agua de la redoma, pudieron derrotar, aunque con algún trabajo y sacando algunas heridas, a sus poderosos enemigos, que quedaron tendidos en el campo, sin vida.

Helos ahora en presencia del gigante, el cual, al verlos acercarse, levantó su pesada muleta de hierro, capaz, no de matar a un solo cristiano, sino de concluir con un numeroso ejército.

El príncipe se adelantaba hacia él sin temor, y una vez que el gigante lo tuvo a su alcance, dejó caer la muleta con tal fuerza que más de la mitad de ella penetró en la tierra. El príncipe, en cuanto notó el movimiento del gigante, esquivó el cuerpo y alzando su hacha la descargó sobre la pierna sana de su enemigo, que cortó como si fuera de queso. El monstruo, no pudiendo mantenerse en pie, cayó cuan largo era, y el príncipe, corriendo apresuradamente, de un hachazo le cortó la cabeza a cercén.

La liberación de la princesa fue cosa de un momento; con un suave golpe del hacha se cortó la cadena de oro que la aprisionaba y pudo arrojarse en los brazos de su libertador.

En carros y caballos que había en el mismo palacio cargó el príncipe todas las riquezas que encontró, e inmediatamente se pusieron todos en camino para el reino de su padre. Por medio del arte de la viejecita, que tan buenos servicios le había prestado, en pocas horas llegaron a la entrada de la capital. Allí la viejecita se despidió del príncipe y de la princesa y, después de aconsejarles que fueran siempre buenos y virtuosos, único modo de obtener la felicidad, desapareció de su vista. La viejecita era la Virgen.

El príncipe fue acogido por todos en medio de la mayor alegría y proclamado salvador de la patria. Sus hermanos recobraron la vista sirviéndose de la pluma de oro y del agua de la redoma.

El matrimonio del joven príncipe y de la princesa fue uno de los acontecimientos más celebrados. Se hicieron grandes fiestas para el pueblo, que se divirtió alegremente, y yo me encontré en ellas y bebí mucho y comí más que un sabañón.

ECUADOR

El conejito y el sapito

En una ciudad había un conejito que tenía de amigo un sapito.

Encontrándose ambos el mismo día, se hacen una propuesta entre los dos. El conejo le dice:

—Vamos apostando a las carreras, a ver cuál de los dos ganamos.

Y aceptada la propuesta, quedó señalada la carrera para el tercer día.

Cada uno se fue a la casa y se le viene la idea al sapito conversar a sus amigos lo sucedido:

—Tengo esta propuesta de ganar la carrera. ¿Qué hago? Quiero ganarle yo al conejo.

Uno de ellos dice:

—Te acompañamos nosotros y te hacemos ganar la carrera.

—Pero ¿cómo, si es de correr una legua? —preguntó el sapito.

—No importa —contestan los otros.

—Mañana que te toca correr nos ponemos uno en cada cuadra.

Y cuando empezó la carrera, el conejo con el sapito dicen:

~A la una, a las dos y a la tercera…

Sale el conejo disparado. Antes de llegar a la cuadra, regresa a ver al sapo y no lo ve. Dice “Ya quedó atrás”… Sigue corriendo. Al llegar a la cuadra, faltando un metro, le ve al sapito adelante de él. Fatigado, dice:

—Tengo que ganar yo la carrera.

Y nuevamente sigue la carrera. Así hacía el conejo hasta llegar a la meta, triunfando siempre el sapito. Y el conejo se queda desilusionado al ver que el sapito siempre le ganó. ¿Cómo fue esto?

Los sapitos celebraron el triunfo de su amigo y compañero con un banquete, dejándole al conejo desengañado.

Colorín, colorado, este cuento está terminado.



;

ESPAÑA

El gallo

Este era un gallo que iba a la boda de su tío Perico.
Yendo por el camino adelante, se encontró una bujana y se dijo:

—¿Picaré o no picaré?
Si pico me mancho el pico y si no pico me muero de hambre.
¿Qué haré?

Al fin picó y se manchó el pico.
Fue andando, andando, y se encontró una malva y dijo:

—Malva, límpiame el pico
que voy a la boda de mi tío Perico.
—No quiero.

Más adelante encontró una oveja y dijo:

—Oveja, pace a la malva,
que la malva no me limpió el pico,
que voy a la boda de mi tío Perico.
—No quiero.

Más adelante encontró un lobo y dijo:

—Lobo, come a la oveja,
que la oveja no pació la malva,
que la malva no me limpió el pico,
que voy a la boda de mi tío Perico.
—No quiero.

Más adelante encontró un perro y le dijo:

Perro, corre al lobo,
que el lobo no comió la oveja,
que la oveja no pació la malva,
que la malva no me limpió el pico,
que voy a la boda de mi tío Perico.
—No quiero.

Más adelante encontró un palo y le dijo:

—Palo, pega al perro,
que el perro no corrió al lobo,
que el lobo no comió a la oveja,
que la oveja no pació la malva,
que la malva no me limpió el pico,
que voy a la boda de mi tío Perico.
—No quiero.



Más adelante encontró lumbre y le dijo:

Lumbre, quema al palo,
que el palo no pego al perro,
que el perro no corrió al lobo,
que el lobo no comió a la oveja,
que la oveja no pació la malva,
que la malva no me limpió el pico,
que voy a la boda de mi tío Perico.
—No quiero.

Más adelante encontró agua y dijo:

—Agua, apaga la lumbre,
que la lumbre no quemó al palo,
que el palo no pegó al perro,
que el perro no corrió al lobo,
que el lobo no comió la oveja,
que la oveja no pació la malva,
que la malva no me limpió el pico,
que voy a la boda de mi tío Perico.
—No quiero.

Más adelante encontró una vaca y dijo:

—Vaca, bebe el agua,
que el agua no apagó la lumbre,
que la lumbre no quemó al palo,
que el palo no pegó al perro,
que el perro no corrió al lobo,
que el lobo no comió a la oveja,
que la oveja no pació la malva,
que la malva no me limpió el pico,

que voy a la boda de mi tío Perico.

FILIPINAS

El rey cangrejo

Se dice vulgarmente que el león es el rey de los animales, pero cuando sucedió esto que vamos a contar no ocurría así. Cierto es que el león fue siempre el rey de los animales, pero sólo de los grandes animales terrestres. La ballena era el rey de los animales marinos, y el cangrejo era el rey de todos los minúsculos habitantes de la tierra y de los ríos, e incluso animales mucho más grandes y poderosos que el cangrejo estaban bajo sus órdenes, como las serpientes, las tortugas y las ranas. Pero todos temían las poderosas pinzas del cangrejo y le obedecían sumisos.

El cangrejo, en vista del saludable temor que inspiraba con sus pinzas, abusaba de su poder y dictaba una serie de leyes que irritaban a sus súbditos. Una de ellas era que mientras dormía nadie podía hacer el menor ruido para turbar su sueño.

Los súbditos, cansados, decidieron sublevarse, y un día, mientras su poderosa majestad dormía, empezaron las ranas a croar y a reír muy fuerte, tanto que se despertó al oír el alboroto. Inmediatamente llamó a la libélula que era su mensajero, y mandó que las ranas comparecieran ante su presencia para inquirir la causa de sus risas.

Las ranas se excusaron de haber despertado al rey y dijeron:

—Hemos reído a causa de la tortuga, que tiene una figura ridícula con su casa a cuestas.

El cangrejo mandó a la libélula a buscar a la tortuga, y cuando la tuvo ante su presencia le preguntó por qué llevaba su casa a cuestas.

—Llevo mi casa a cuestas —contestó la tortuga-porqué la luciérnaga despide fuego, y tengo miedo que me queme mi casa si yo estoy fuera.

El rey entonces mandó a buscar a la luciérnaga, y quiso saber por qué despedía fuego.

La luciérnaga contestó:

—El mosquito tiene la culpa. Se pasa todo el día tras de mí tratando de picarme y de aturdirme con su zumbido, y yo despido fuego para asustarlo y

protegerme.

Entonces el rey, ya enfadado, mandó llamar al mosquito y le preguntó por qué atormentaba a la luciérnaga.

El mosquito entonces, en vez de contestar, se puso a zumbar en torno al cangrejo, y lanzándose veloz sobre él le picó en la frente. El cangrejo, furioso por la desvergüenza del mosquito, le dio un golpe en la frente y mató al animalejo.

Los demás mosquitos, al enterarse de lo que había ocurrido a su compañero, se unieron para hacer la guerra al rey. El cangrejo, asustado ante la nube de mosquitos que se le venía encima, hizo con sus pinzas un agujero en la tierra y se ocultó en él.



Los mosquitos, chasqueados, quedaron zumbando en torno al agujero, esperando que saliera el rey para atacarlo; pero el cangrejo no quiso atreverse a salir, y desde entonces vive en agujeros que cava en la tierra.

Los mosquitos se reúnen alrededor de cada agujero que ven, tratando de descubrir al cangrejo, sin conseguirlo.

Y mientras tanto, los pequeños animales de la tierra y de los ríos quedaron libres de su rey que los atormentaba.

GUATEMALA

La doncella que engañó a todos

Esta es la historia de una doncella, hija de un señor llamado Cuchumaquic.

Llegaron (estas noticias) a oídos de una doncella, hija de un señor. El nombre del padre era Cuchumaquic y el de la doncella Ixquic. Cuando ella oyó la historia de los frutos del árbol, que fue contada por su padre, se quedó admirada de oírla.

—¿Por qué no he de ir a ver ese árbol que cuentan? —exclamó la joven —. Ciertamente deben ser sabrosos los frutos de que oigo hablar.

A continuación se puso en camino ella sola y llegó al pie del árbol que estaba sembrado en Puc-bal-Chah.

—¡Ah! —exclamó— ¿qué frutos son los que produce este árbol? ¿No es admirable ver cómo se ha cubierto de frutos? ¿Me he de morir, me perderé si corto uno de ellos? —dijo la doncella.

Habló entonces la calavera que estaba entre las ramas del árbol y dijo:

—¿Qué es lo que quieres? Estos objetos redondos que cubren las ramas del árbol no son más que calaveras —así dijo la cabeza de Hun-Hunahpú dirigiéndose a la joven—. ¿Por ventura los deseas? —agregó.

—Sí, los deseo —contestó la doncella.

—Muy bien —dijo la calavera—. Extiende hacia acá tu mano derecha.

—Bien —replicó la joven, y levantando su mano derecha, la extendió en dirección a la calavera.

En ese instante la calavera lanzó un chisguete de saliva que fue a caer directamente en la palma de la mano de la doncella. Miróse ésta rápidamente y con atención la palma de la mano, pero la saliva de la calavera ya no estaba en su mano.



—En mi saliva y mi baba te he dado mi descendencia (dijo la voz en el árbol). Ahora mi cabeza ya no tiene nada encima, no es más que una calavera despojada de la carne. Así es la cabeza de los grandes príncipes, la carne es lo único que les da una hermosa apariencia. Y cuando mueren espántame los hombres a causa de los huesos. Así es también la naturaleza de los hijos, que son como la saliva y la baba, ya sean hijos de un señor, de un hombre sabio o de un orador. Su condición no se pierde cuando se van, sino que se hereda; no se extingue ni desaparece la imagen del señor, del hombre sabio o del orador, sino que la dejan a sus hijas y a los hijos que engendran. Esto mismo he hecho yo contigo. Sube, pues, a la superficie de la tierra, que no morirás. Confía en mi palabra que así será —dijo la cabeza de Hun-Hunahpú y de Vucub-Hunahpú.

Y todo lo que tan acertadamente hicieron fue por mandato de Huracán, Chipi-Caculhá y Raxa-Caculhá.

Volvióse en seguida a su casa la doncella después que le fueron hechas todas estas advertencias, habiendo concebido inmediatamente los hijos en su vientre por la sola virtud de la saliva. Y así fueron engendrados Hunaphú e Ixbalanqué.

Llegó, pues, la joven a su casa, y después de haberse cumplido seis meses, fue advertido su estado por su padre, el llamado Cuchumaquic. Al instante fue descubierto el secreto de la joven por el padre, al observar que tenía hijo.

Reuniéronse entonces en consejo todos los señores Hun-Camé y Vucub-Camé con Cuchumaquic.

—Mi hija está preñada, señores; ha sido deshonrada —exclamó Cuchumaquic cuando compareció ante los señores.

—Está bien —dijeron éstos—. Oblígala a declarar la verdad, y si se niega a hablar, castígala; que la lleven a sacrificar lejos de aquí.

—Muy bien, respetables señores —contestó. A continuación interrogó a su hija:

—¿De quién es el hijo que tienes en el vientre, hija mía?

Y ella contestó:

—No tengo hijo, señor padre, aún no he conocido varón.

—Está bien —replicó—. Positivamente eres una ramera. Llevadla a sacrificar, señores Ahpop Achih; traedme el corazón dentro de un vaso y volved hoy mismo ante los señores —les dijo a los búhos.

Los cuatro mensajeros tomaron el vaso y se marcharon llevando en sus brazos a la joven y llevando también el cuchillo de pedernal para sacrificarla.

Y ella les dijo:

—No es posible que me matéis, ¡oh, mensajeros!, porque no es una deshonra lo que llevo en el vientre, sino que se engendró sólo cuando fui a admirar la cabeza de Hun-Hunahpú que estaba en Puc-bal-Chah. Así, pues, no debéis sacrificarme, ¡oh, mensajeros! —dijo la joven, dirigiéndose a ellos.

—¿Y qué pondremos en lugar de tu corazón? Se nos ha dicho por tu padre: "Traedme el corazón, volved ante los señores, cumplid vuestro deber y atended juntos a la obra, traedlo pronto en el vaso, poned el corazón en el fondo del vaso". ¿Acaso no se nos habló así? ¿Qué le daremos entre el vaso? Nosotros bien quisiéramos que no murieras —dijeron los mensajeros.

—Muy bien, pero este corazón no les pertenece a ellos. Tampoco debe ser aquí vuestra morada, ni debéis tolerar que os obliguen a matar a los hombres. Después serán ciertamente vuestros los verdaderos criminales y míos serán en seguida Hun-Camé y Vucub-Camé. Así, pues, la sangre y sólo la sangre será de ellos y estará en su presencia. Tampoco puede ser que este corazón sea quemado ante ellos. Recoged el producto de este árbol —dijo la doncella.

El jugo rojo brotó del árbol, cayó en el vaso y en seguida se hizo una bola resplandeciente que tomó la forma de un corazón hecho con la savia que corría de aquel árbol encarnado. Semejante a la sangre brotaba la savia del árbol, imitando la verdadera sangre.

Luego se coaguló allí dentro la sangre, o sea la savia del árbol rojo, y se cubrió de una capa muy encendida como de sangre al coagularse dentro del vaso, mientras que el árbol resplandecía por obra de la doncella.

Llamábase árbol rojo de grana, pero (desde entonces) tomó el nombre de Árbol de la Sangre porque a su savia se le llama la sangre.

—Allá en la tierra seréis amados y tendréis lo que os pertenece —dijo la joven a los búhos.

—Está bien, niña. Nosotros nos iremos allá, subiremos a servirte; tú, sigue tu camino, mientras nosotros vamos a presentar la savia en lugar de tu corazón ante los señores —dijeron los mensajeros.

Cuando llegaron a presencia de los señores, estaban todos aguardando.

—¿Se ha terminado ya eso? —preguntó Hun-Camé.

—Todo está concluido, señores. Aquí está el corazón en el fondo del vaso.

—Muy bien. Veamos —exclamó Hun-Camé.

Y cogiéndolo con los dedos lo levantó, se rompió la corteza y comenzó a derramarse la sangre de vivo color rojo.

—Atizad bien el fuego y ponedlo sobre las brasas —dijo Hun-Camé.

En seguida lo arrojaron al fuego y comenzaron a sentir el olor los de Xibalbá, y levantándose todos se acercaron y ciertamente sentían muy dulce

la fragancia de la sangre.

Y mientras ellos se quedaban pensativos, se marcharon los búhos, los servidores de la doncella, remontaron el vuelo en bandada desde el abismo hacia la tierra y los cuatro se convirtieron en sus servidores.

Así fueron vencidos los señores de Xibalbá. Por la doncella fueron engañados todos.



HONDURAS

La coyota Teodora

La Teodora, que conocía el secreto de las tinieblas endemoniadas, era esposa de un buen hombre; de esos sencillos y apacibles que se dedican calladamente a sus pequeñas labores agrícolas.

La pareja vivía muy pobre, pero a pesar de eso siempre había en la cocina abundancia de viandas sabrosas, y la cocinera, que era la misma Teodora, servía variados y jugosos guisos a su esposo.

Éste, maravillado de aquellas suculencias, preguntaba a su “cara mitad” sobre la procedencia de los potajes, pero aquélla le contestaba siempre con evasivas o le decía que las compraba o que se las regalaban sus amigas; pero su esposo, a pesar de su sencillez, había entrado en sospechas, pues se le hacía difícil explicarse la forma en que su señora adquiría aquellos alimentos, ya que no disponía de medios para ellos. Las sospechas aumentaban de día en día, y entonces su esposo empezó a observarla por las noches y a seguirle sigilosamente los pasos para averiguar la procedencia de aquella abundancia de alimentos.



Desesperaba ya el pobre hombre de alcanzar su objeto. Fue una de las tantas noches, cuando vio que su mujer se levantaba cautelosamente y la oyó

pronunciar entre la semioscuridad del cuartucho una serie de oraciones para él desconocidas.

La vio después dar tres vueltas a la derecha y otras tres vueltas a la izquierda, mientras tartajeaba sus mágicas oraciones, e irse convirtiendo poco a poco en una coyota.

Horrorizado ante aquella transformación, se refugió todo tembloroso en su tapesco tartamudeando una serie de oraciones, persignándose febrilmente y encomendado su alma a san Antonio y a las benditas Animas del Purgatorio.

Al día siguiente notó que, como de costumbre, en la cocina había pollos y gallinas y hasta una chanchita al horno, sin que, al interrogara su mujer, pudiera ésta dar razonables explicaciones de cómo había obtenido los animalitos mencionados.

Siguió en expectativa el labriego, atisbando por la noche a su mujer, y una de tantas, haciendo uso de las mismas artimañas mágicas, transformóse en coyota. Siguióla él con mucha astucia y así pudo comprobar que su mujer convertida en coyota se metía a los corrales, gallineros y cocinas ajenos a proveerse de lo que le hacía falta en casa.



Espantado el buen hombre de que su mujer fuese bruja de la expresada categoría, dispuso ir a donde el señor cura del pueblo, a quien comunicó detalladamente la transformación de su mujer.

El sacerdote, cumpliendo con su obligación de ministro de Cristo, le dio un cordón de san Francisco y un poco de agua bendita, para que en el preciso momento en que la bruja, de regreso de su incursión nocturna, quedara nuevamente transformada en mujer, le diera tres latigazos con el cordón de san Francisco y que le asperjara con el agua bendita, para que así nunca más volviera a convertirse en coyota.

El esposo cumplió con su cometido, según los consejos del sacerdote, pero aconteció, desgraciadamente, que al regreso de su correría, la coyota dio sus tres vueltas rituales, y ya estaba transformándose en mujer nuevamente cuando, anticipándose el hombre, le dio los latigazos que le había indicado y regó el agua bendita sobre el cuerpo del monstruo, pues de mujer sólo tenía la

cabeza y el pecho, y de coyota el resto del cuerpo, por lo que, surtiendo los objetos sagrados los efectos predichos, paróse súbitamente la transformación de la coyota, quedando aquel cuerpo parte mujer y parte bestia.

Sucedió, pues, que la mujer, no habiendo podido recuperar su forma completa, y siéndole por eso mismo imposible quedarse en su casa al lado de su esposo y de su hijo, se lanzó a los bosques en donde vaga eternamente, como ejemplo y castigo de brujos y hechiceros.

Se dice que en las noches oscuras se oyen los lastimeros aullidos de la coyota Teodora, entristecida y apesadumbrada por el abandono en que dejó a su esposo y a su hijo.

MÉXICO

Los tres hermanos y el sapo

Un milpero[7] rico que era padre de tres hijos varones, había notado que su milpa[8] estaba siendo devorada día a día por algún animal y se propuso cazarlo, mas nunca logró ni siquiera verlo. Ante su fracaso, dijo a sus hijos que estaba dispuesto a hacer su heredero único al que le entregase vivo o muerto el animal que estaba causando su ruina.

El menor fue el primero que prometió a su padre traerle al destructor de la milpa. Pero el padre le indicó que primero irían los mayores, y por último él. Sus dos hermanos hicieron mofa de su promesa, diciendo que no podría cumplirla un muchacho como él, con poco seso y nada de juicio.

El primogénito pidió un caballo, una escopeta fina, buena comida y partió a la milpa en noche de luna llena. A medio camino tropezó con un sapo que cantaba ruidosamente a orillas de un cenote[9]. Como él se sintiera cansado, detuvo a su cabalgadura, bajó de ella, la ató a un árbol, se acercó al cenote y le dijo al sapo:

—Bien se ve que no estás cansado, escandaloso, por eso cantas.

El sapo le respondió:

—Si me llevases contigo, te diría quién devora tu milpa.

El muchacho contestó:

—¡Qué sabes tú, sapillo, sólo eres bueno para hacer ruido! —y sin decir más lo cogió y lo echó al agua.

Montó de nuevo su caballo y continuó su viaje a la milpa.

Cuando llegó a ella vio los recientes estragos del destructor, pero no a éste. Espió toda la noche, mas el ladrón no regresó en esa ocasión. Al amanecer estaba rendido y enfadado; renegó como nunca y retornó a su casa. Su padre le preguntó qué había visto en la milpa. Él dijo que sólo los estragos causados por el maldito animal ladrón, pero no pudo ver nunca a éste porque, aunque espió toda la noche, no regresó.

El viejo campesino repuso:

—Perdiste. No serás mi heredero.

Le tocó el turno al segundo de los hijos. Su padre le preguntó qué cosas llevaría consigo. Pidió una escopeta, un morral y qué comer y se fue. A la mitad del camino halló él también al sapo, que cantaba junto al cenote, a quien le dijo:



—Calla, sapillo, quiero dormir a orillas del cenote y tú me cuidarás.

El sapo respondió:

—Si me llevases contigo te regalaría una cosa con la cual podrías coger a quien se come tu milpa.

El hombre contestó:

—No necesito ser ayudado —y se echó a dormir. El sapo, tomó a éste de una pata, lo tiró al agua.

Cuando él despertó y miró lo que había hecho el sapo, tomó a éste de una pata, lo tiró al agua y se marchó a la milpa. Cuando llegó allí vio una gran ave de vistoso plumaje que se levantaba del maizal. Rápidamente alzó su escopeta y disparó, pero del ave sólo pudo coger algunas plumas porque su puntería falló. Sin embargo, con las plumas en la mano se sintió satisfecho, pensando que podría engañar a su padre y a sus hermanos, haciéndoles creer que eran la prueba de que él había dado fin al ave ladrona.

No esperó más y volvió a su casa. Cuando halló a su padre y hermanos, les dijo riéndose:

—He cogido al ladrón de la milpa. Mirad sus plumas. Yo soy el heredero.

Pero el benjamín alegó:

—No estoy conforme, porque solamente traes plumas y no a quien las vistió. Yo iré por el ave entera y la traeré —y pidió una escopeta y un morral con poco que comer y se marchó rumbo a la milpa.

Al pasar junto al cenote halló al sapo y dirigiéndose a él le dijo:

—Sapito, te regalaré mi comida si me dices quién roba mi milpa y cómo podría apoderarme de él. Además, te llevaré conmigo siempre y donde quiera que fuere.

El sapo se puso muy contento al oír al chico y se lo manifestó diciéndole:

—Feliz soy, muchacho, al oírte y sólo siento que tus hermanos no me hubiesen escuchado, y sí me hubiesen maltratado, porque a ellos les irá el mal y en cambio a ti te irá el bien.

Y agregó:

—En este cenote, adentro de las aguas, hay una piedrecita, la cual puede concederte lo que aquí mismo le pidas.

El muchacho, muy contento, preguntó:

—Si le pidiese una muchacha para hacerla mi esposa, ¿me la concedería?

—¡Oh!, no solamente te daría una bella esposa sino aun una grande y bella casa para que en ella fuesen felices ella y tú —fue la respuesta del animalito.

Pidió, pues, el joven que se le concediese la dicha de tener pronto una bella esposa y un palacio y de cazar al causante de la destrucción de la milpa. El sapo afirmóle que todo sería concedido y que sólo faltaba que ambos fuesen a la milpa a coger a quien la destruía.

Se pusieron en marcha, no sin antes haber comido juntos. A poco de haber llegado vieron venir volando una gran ave de rico plumaje, que se posó entre el maizal, no lejos de ellos. El muchacho, cautelosamente, con el arma lista, avanzó para tener más cerca al ave, mas cuando se disponía a dispararle oyó que ésta, alzando la cabeza, le decía con una voz dulce:

—No me mates, joven, porque puedo ser la dueña de tu corazón.

El cazador, admirado, no dijo al principio nada. Sólo dejó caer su arma y palideció. El ave, entonces, vino hacia él hablándole de nuevo así:

—Aunque tengo apariencia de ave no soy sino una muchacha a quien un malvada bruja dio esa figura porque no quise ser la esposa de su hijo, un hombre tan malo como su madre.

El sorprendido mozo, acordándose de lo pedido a la piedrecita del cenote a través del sapo, su amigo, y de que éste le había afirmado que le sería concedido, comprendió que ésa era la mujer que había solicitado y que se le daba en aquella forma, y, sacando fuerzas de su corazón, exclamó:

—¡Oh!, si es cierto lo que dices, ven conmigo y con mi compañero el sapo. Te llevaré a mi casa y haré que vuelvas a ser mujer. Te pediré que te cases conmigo y te ofreceré una grande y bella casa donde los dos vivamos felices.

Accedió el ave y regresó a su casa con ella y el sapo.

Al llegar a su casa, su padre y sus dos hermanos quedaron pasmados al verlo en compañía de la rara ave y del sapo, y más que nada al oírle decir:

—Traigo al ave entera y no sólo sus plumas; ella comía la milpa, pero ella ni es ave ni tiene la culpa de parecerlo; es una linda muchacha convertida en ave de vistosas plumas por una bruja que la odió porque no quiso casarse con su hijo. Ella volverá a ser mujer porque tengo la promesa de la piedrecita del cenote de concederme una bella esposa y ella lo será. El sapo, mi amigo, me ayudó a tener esta dicha.

Dicho esto, agregó:

—Con tu ayuda, sapito, que ella sea otra vez mujer y que mañana se cumpla la promesa de que tengamos una casa grande y bella.

El sapo cantó y, desapareciendo el ave, apareció en su lugar una mujer hermosa que dio gracias a sus salvadores y prometió ser la esposa del muchacho.

Al otro día, cuando se hizo la luz, todos contemplaron la casa grande y bella que milagrosamente nació. Cuando se casaron, el sapito vivió con ellos y cantaba recordando siempre el día en que conoció al muchacho bueno.

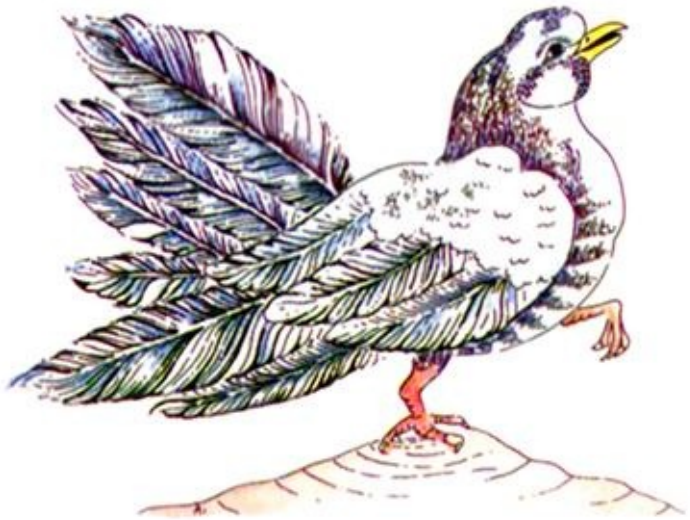
Los envidiosos hermanos mayores quisieron causar daño a la casa y a su dueño, pero fracasaron y llenos de vergüenza huyeron, dejando al vencedor rico y feliz.

NICARAGUA

La palomita de la patita de cera

Esto era una palomita a la que se le quebró y cayó la patita, que un ángel del cielo se la puso de cera, y así se fue a sentar sobre una piedra recalentada por el sol, que le derritió la patita.

—Piedra, ¿tan valiente eres que derrites mi patita?



Y la piedra respondió:

—Más valiente es el sol que me calienta a mí. Entonces la palomita se fue adonde el sol para preguntarle:

—Sol, ¿tan valiente eres que calientas la piedra, la piedra que derritió mi patita?

Y el sol respondió:

—Más valiente es la nube que me tapa a mí.

Voló la palomita a preguntarle a la nube:

—Nube, ¿tan valiente eres que tapas el sol, el sol que calienta la piedra, la piedra que derritió mi patita?

Y la nube dijo:

—Más valiente es el viento que me aventa a mí.

Por lo que se fue la palomita a preguntarle al viento:

—Viento, ¿tan valiente eres que aventáis la nube, la nube que tapa el sol, el sol que calienta la piedra, la piedra que derritió mi patita?

Y el viento respondió:

—Más valiente es la pared que se resiste a mí.

A la pared la palomita le preguntó:

—Pared, ¿tan valiente eres que resistes al viento, al viento que aventa la nube, la nube que tapa el sol, el sol que calienta la piedra, la piedra que derritió mi patita?

Y la pared respondió:

—Más valiente es el ratón que me hace hoyos a mí.

Y la palomita buscó al ratón para hacerle la correspondiente pregunta; el ratón respondió que era más valiente el gato que se lo comía a él; el gato, que era más valiente el perro que lo hacía huir; el perro, que era más valiente el hombre que lo sometía a su dominio; y el hombre dijo que más valiente era Dios que dominaba a todas las criaturas del universo.

Y cuando esto oyó la palomita se fue a buscar a Dios para alabarlo y bendecirlo; y Dios, que ama a todas sus criaturas, hasta a la más chiquita, acarició a la palomita, y con sólo quererlo le puso una patita nueva con huesecito, pellejito y uñitas. Y se acabó, pon, pon.



PANAMÁ

El valor de la amistad

ESTA era una vez que una humilde anciana vivía con sus tres hijos. Eran muy felices, hasta cuando cayó enferma la señora, y ya se estaba muriendo, pues todos los curanderos del pueblo habían venido a curarla, pero ninguno le quitó el mal.

Uno de los hijos hizo venir a una vieja curandera, casi olvidada por el pueblo. Ésta, al llegar y ver a la señora, dijo a sus hijos:

—Esta señora le queda muy pocos días de vida y con lo único que se pueda curar es bebiendo el agua de la vida.

El mayor de los hijos de la señora dijo:

—Yo seré el que iré a buscar ese remedio.

La vieja curandera le dijo que estaba bien, que ella le iba a decir dónde quedaba esa fuente de la vida. Le dijo:

—Tienes que cruzar muchas montañas, derribar muchos dragones, y que si lo llamaran no volviera para atrás, y que si se encontraba con alguno, que no rechazara el hacer favores a alguno.

Así fue, y al día siguiente se fue el mayor que se llamaba Juan. Al llegar a una quebrada, una anciana estaba llorando y al ver a Juan le dice:

—Buen muchacho, ¿llevas prisa? Hacedme el favor de cruzarme a la otra orilla.

Al verla Juan, le dijo:

—¿Qué crees, vieja, que estoy hecho para cargarte?

Y siguió su camino; la vieja, disgustada, lo maldijo.

Llegó la noche y Juan todavía seguía su camino. Ya había cruzado la montaña de oro y la de plata. A la mañana siguiente, llegando al monte del dragón, oyó que le llamaban. Éste, no queriendo obedecer los consejos de la vieja curandera, volvió a ver hacia atrás; en ese momento se convirtió en una piedra.



Pasaron dos días y no volvía Juan, y entonces Miguel dijo:

—Yo voy a buscar esa agua.

Y al día siguiente partía, pero le sucedió lo mismo que a Juan. Pasó otros dos días más y Pedro, viendo que no venía Miguel ni Juan, decidió irse. La vieja curandera le dio los mismos consejos.

Al día siguiente, muy temprano, partió Pedro. Al llegara la quebrada, vio a la anciana llorando y le dijo:

—Buen muchacho, ¿lleváis prisa? Hacedme el favor de cruzarme a la otra orilla.

Al ver este pedido, Pedro le dijo:

—Llevo prisa, señora, pero le haré el favor de cruzarla al otro lado de la quebrada.

Así lo hizo.

Al llegar a la otra orilla, Pedro bajó a la señora y ésta le preguntó:

—¿No te duele la espalda?

El muchacho le dijo:

—Sí, señora. Mire como está mi espalda toda cortada y derramando sangre. Fíjese como tengo la ropa. Pero no importa, ya le hice ese favor que me gusta habérselo hecho.

La señora lo llamó y le dio una piedra que ella le otorgara el favor. Pedro agradeció a la señora y se fue. Cruzó el monte de oro y el de plata, y llegando al del dragón sintió que le llamaban, y, acordándose de los consejos de la vieja curandera, no volvió su vista atrás.

Siguió su camino; al llegar al monte del dragón, se le apareció uno y venía el dragón encima y se acordó Pedro de la piedra y le pidió que cortara las siete cabezas del dragón y así sucedió. Pedro cruzó el monte y al llegar al otro lado oía una bulla inmensa: era el agua de la vida, y éste le pidió a la piedra que le concediera el deseo de poder llegar hasta donde se encontraba el agua, y así fue. Al llegar al arroyo, se encontró con un águila, que le dijo:

—Pedro, tomad esta jarra que está en el rincón, coged de esa agua y bebed. Llévate si quieres, y al ir en tu camino riega gotas de agua por donde pases, y no vuelvas a mirar atrás hasta que hayas llegado a tu casa.

Y así lo hizo Pedro, y por su camino regaba las gotas de agua.

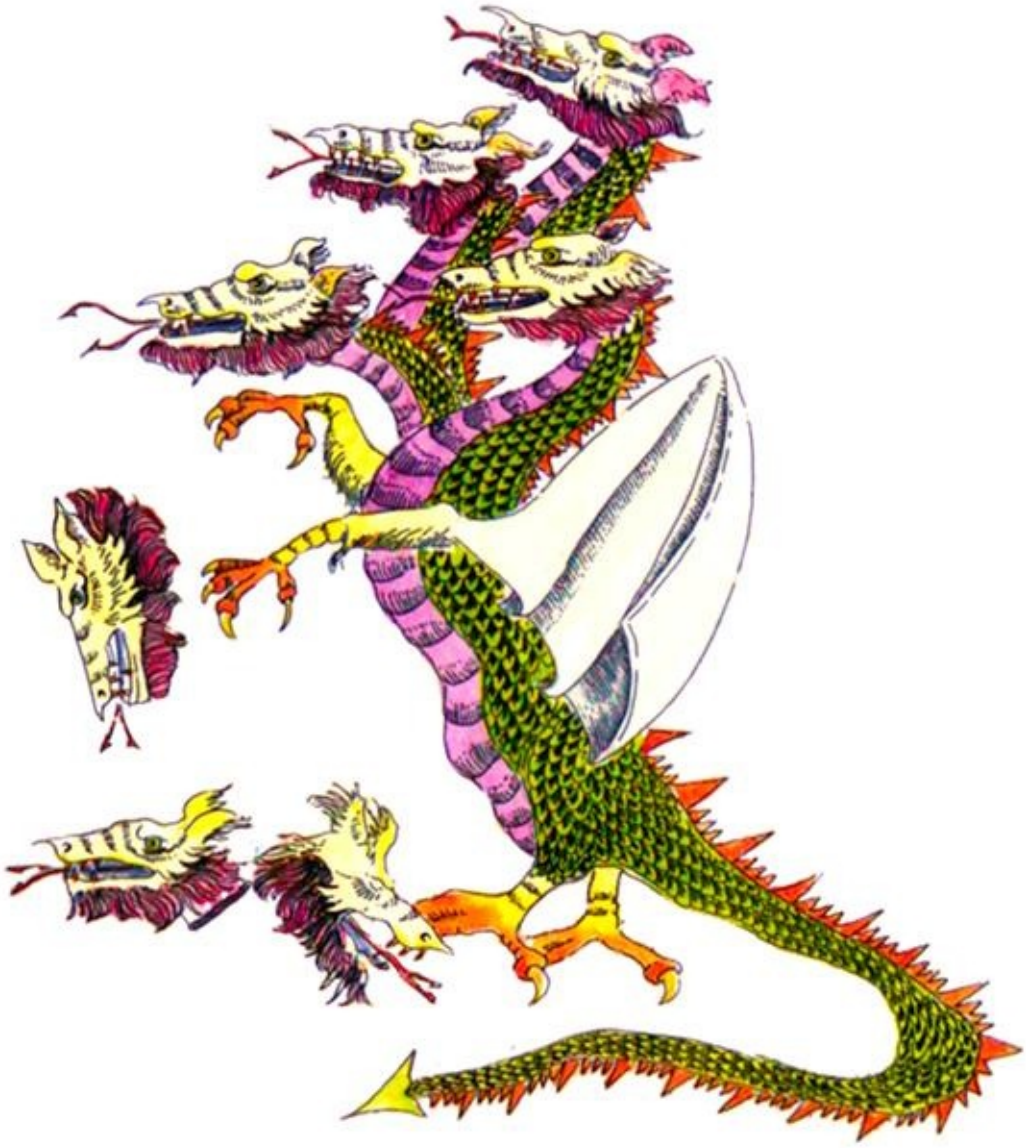
Faltaba una hora para que la mamá de Pedro muriera si no bebía del agua esa, y cuando llegaba Pedro le faltaba medio minuto. Al entrar en la casa, dice la vieja curandera:

—Ya era tiempo, muchacho, le falta muy poco tiempo de vida a tu madre; busca un vaso y sal de aquí.

Pedro fue en busca del vaso y se lo dio a la vieja curandera.

Ésta le dio el agua, pronunciando unas palabras raras y la anciana recuperó vida; estaba como nueva.

Luego le dice la vieja curandera a Pedro:



—Asómate a la puerta y ya veréis algo que Dios te compensará, dándote bienes y fortuna.

Al mirar Pedro, vio una multitud de gente, y entre ellos, Juan y Miguel, que él les había dado vida, regando gotas del agua de la vida.

Después de un tiempo, Pedro se casó, siendo muy feliz, cumpliéndose las palabras de la vieja curandera.

PARAGUAY

El yaguareté burlado

Soy el más fuerte y el más inteligente entre los animales —decía vanagloriosamente el yaguareté[10]—. No hay quien me iguale en astucia, ni cuya fuerza y resistencia puedan compararse con las mías. Soy el monarca de la selva, y no en balde todos los seres me temen.

Una cigarra (ñakyra) que, desde su asiento en una rama, observaba al yaguareté, y que había interrumpido su agudo silbido para escuchar sus jactanciosas palabras, díjole maliciosamente:

—Quizás seas el más fuerte entre los animales, por más que el hermano Mboreví (tapir) afirme lo contrario; pero, en cuanto inteligencia y resistencia a la fatiga, hay muchos que te igualan y algunos que te sobrepasan.

—¡Insignificante insecto! —rugió, enfurecido, el yaguareté—, deberás probar la veracidad de tus palabras o haré que te destierren para siempre de la selva.

—Conforme —respondió la cigarra—; yo misma soy más resistente que tú, y te lo probaré si estás conforme en que nos sometamos a una prueba durante el tiempo necesario. El que se duerma primero o se deje vencer por el hambre o la sed, será el menos resistente. Luego, si quieres, te demostraré que soy el más inteligente. Aquí están los hermanos Ká i Mirikina (monito) y Aka'e (urraca) quienes nos podrán servir de testigos.

Aceptó el yaguareté el desafío y comenzó la prueba de resistencia, debiéndose turnar el mono y la urraca como observadores y testigos.

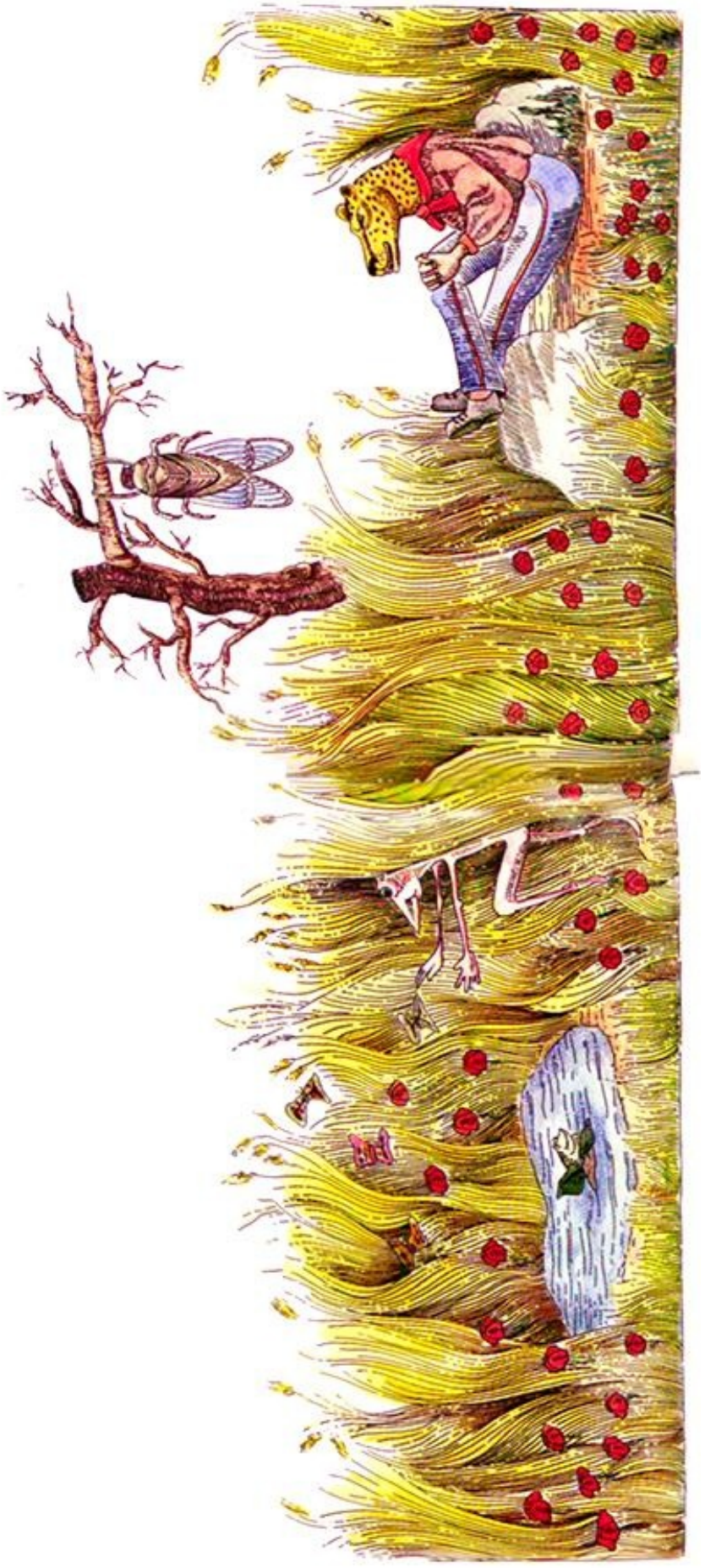
Después de largas horas de vigilia, la cigarra, aprovechando un momento en que el jaguar se esforzaba por librarse de un enjambre de moscas que lo volvían loco, se escurrió del caparazón que, como es sabido, lo cambia periódicamente.

Dejándolo colgado de su asiento en la rama, ella se retiró sigilosamente a refrescarse con el jugo de un jugoso pakuri cercano. Luego volvió con la misma cautela y precaución, se escondió detrás de su propia piel y se echó a dormir la siesta.

Transcurría el tiempo; el yaguareté se moría de hambre y de sed; pero su rival, o mejor dicho, el carapacho vacío de su rival, continuaba mirándole imperturbable sin pestañear siquiera, ni demostrar el menor indicio de debilidad o de fatiga.

Por fin, el yaguareté se dio por vencido, y desapareció furtivamente en la maleza.

Desde aquel entonces, el yaguareté jamás se atreve a mostrarse a la luz del día por temor a las burlas del mono y de la urraca, quienes, si se atreve a asomar el hocico, llenan la selva con sus estridentes gritos. Es por eso que se convirtió en animal noctámbulo, permaneciendo bien oculto en la maleza hasta desaparecer el sol.



PERÚ

El puma y el zorro

Y sucedió que un zorro grande y muy sabido hacía muchos males en el valle. Se comía las calabazas de los sembríos, destrozaba las sementeras, a tal punto, que decidieron los campesinos darle caza. Después de muchos afanes, lo coparon y cayó preso. Le pusieron una cadena al cuello y así sujeto se lo llevó a su casa uno de los campiñeros. Plantó una gruesa estaca bajo la ramada y allí amarró al zorro.

Muy de madrugada, antes de salir al campo, a modo de obligación, el labriego le daba al zorro una gran paliza y luego se dirigía hacia sus verdes campos de maíz.

Una noche bajó desde las serranías un puma. Venía hambriento, pues mal tiempo corría por el monte. Olfateando, se deslizaba cauteloso, cuando de pronto tropezó con el zorro. Sorprendido el puma, se quedó mirándolo, mas el zorro ni se movió.

—Hermano zorro, ¿qué haces allí amarrado?

—Aquí donde me ves paso la regalada vida —contestó el zorro—. Cada mañana me dan de comer aves y fruta tierna y como me tienen prometido casarme con la hija del dueño de esta chacra, a fuer de seguros, me han amarrado.

Pasmado se quedó el puma y, comparando sus dificultades, tuvo envidia de la holgada vida del zorro.

—Sin embargo —continuó el zorro—, no soy feliz, añoro mi libertad y, por otra parte, no deseo casarme. Mi prometida es joven y hermosa, pero ignora mis costumbres, y aquí debo estar amarrado hasta que dé mi consentimiento para la boda. Si yo encontrara una persona que me reemplazara, cambiaría de lugar.

El puma no necesitó mucho para decidirse y desató presuroso al zorro, que salió disparado a campo traviesa.

A la mañana siguiente, muy temprano, cogió el cholo su garrote y, sin notar el cambio, comenzó a golpear al puma. A los golpes se puso a gritar el

puma: “¡Estoy dispuesto a casarme. Estoy dispuesto…!” A los aullidos acudió gente y entre todos apalearon al puma, hasta que éste rompió la cadena y huyó por entre los cerros.

Pasó mucho tiempo y un buen día se encontraron, sobre el lomo de un cerro, puma y zorro. El puma se lanzó rugiendo a devorar al zorro, mas éste gritó:

—¡Atiende razones! Reconozco mi mal comportamiento, pero lo pasado, pasado, debemos unirnos y juntos vengarnos del hombre.


Hermano zorro.
¿Qué haces ahí amarrado?

El puma aceptó. Unidos merodearon muchas noches, hasta que una de tantas hicieron magnífico botín. Arrastrando las presas, subieron valle arriba y después de mucho caminar el zorro dispuso:

—Debemos cruzar el río para que se pierdan las huellas, yo pasaré a nado las ovejas muertas hasta la otra banda, cuando el botín esté a salvo echaré palos al río, a modo de puente, para que tú puedas salvar el río.

Sabido es que los pumas temen el agua y rara vez se aventuran a nadar.

Cuando todo estuvo al otro lado, el zorro se sacudió el agua y alegremente comenzó a gritar:

—Puma baboso, espera sentado que te haga un puente —y sin esperar más comenzó a devorar uno y otro carnero. La sangre manchó el agua del río y hasta la otra banda llegaba al puma el olor de la carne fresca.

Y pasó de nuevo mucho tiempo y un día al atardecer divisó el puma al zorro que estaba escarbando el suelo de la pampa. Bajó el cerro, a grandes saltos, y pronto le dio encuentro.

—¡Te voy a devorar —le dijo—, por falso y por cobarde!

El zorro no se inmutó y seguía escarbando. De nuevo rugió el puma:

—Te voy a devorar.

Entonces el zorro contestó:

—Ya no temo nada, estoy haciendo un hueco para meterme, pues se acerca el fin del mundo; si me devoras, no podrás salvarte, pues mi obra apenas está comenzada.

Entonces el puma se puso a temblar, comprendió en un instante todo el peligro, y ya sin hablar nada, se puso afanosamente a ayudar al zorro.

Primero juntaron gran cantidad de piedras, luego continuaron haciendo el hueco, y sobre él a modo de cúpula colocaron las piedras. El zorro dispuso además entre las piedras gran cantidad de espinas.

Cuando todo estuvo listo quedó afuera esperando la llegada del fin del mundo.

Pasó un largo rato y al fin el zorro se puso a gritar: “¡Ya viene! ¡Ya viene…!” Y dio un gran empujón al techo de piedras que se desplomó sepultando al puma.

PORTUGAL

Linda Blanca

Había una vez un hombre muy rico que era viudo y que tenía una hija muy hermosa que se llamaba Linda Blanca; ella sentía una pena inmensa por ser tan guapa, porque todos la querían.

Pidió a su padre que le diese un vestido azul y ceniciento. El padre se lo dio. Después le pidió que le diese un vestido azul plateado. Tuvo al punto el vestido. Volvió a pedirle otro azul y dorado, y el padre cumplió su voluntad.

Tenía Linda Blanca una varita mágica, así es que le pidió que en aquel mismo instante la convirtiese en fea. Vestida con una pelliza y con un máscara muy fea, se marchó de su casa con intención de servir de criada.

Llegó a un palacio donde en aquel tiempo vivía un Rey soltero, y allí se quedó a servir de criada. Por aquel entonces los habitantes de la ciudad se juntaron para celebrar una gran fiesta que durase tres días.

Linda Blanca pidió a la Reina permiso para ir a la fiesta.

La Reina le dijo:

—Pídele permiso a mi hijo, pues sólo él es el que gobierna.

Ella fue a pedirle el permiso al Rey, que se estaba calzando las botas.

Él le dijo:

—Mira que te tiro esta bota.

Después que el Rey se fue a la fiesta, Linda Blanca dijo:

—Varita mía, prepárame una carroza, pues quiero ir a la fiesta.

Se vistió de azul y de color ceniciento y se fue. Cuando la fiesta se acabó, ella trató de huir. El Rey y los otros señores fueron detrás de ella, pero sólo el Rey pudo cogerla de la mano, al tiempo que le preguntaba:

—¿De qué tierra sois?

Y ella contestó:

—Soy de la tierra de la bota.

Y salió corriendo. Cuando el Rey llegó a su casa, allí estaba ella como de costumbre. Al día siguiente, volvió otra vez a pedirle permiso al Rey, para ir a la fiesta, pero éste le dijo:

—Mira que te doy con este vergajo.

Linda Blanca fue vestida de azul y de plata. Cuando llegó allí, todos quedaron encantados de verla. Al terminar la fiesta, el Rey, poniéndose a sus pies, le preguntó:



—¿De dónde es la dama?

Y ella repuso:

—Soy de la tierra del vergajo.

El último día, ella fue a pedir permiso para ir a la fiesta. El Rey tenía la toalla en la mano y le respondió:

—Mira que te doy con la toalla.

Linda Blanca esta vez fue de azul y oro. Al salir, el Rey, cogiéndole la mano, le preguntó:

—¿De qué tierra sois?

Y ella contestó:

—Soy de la tierra de la toalla.

El Rey no comprendió lo que le decía, y se quedó muy triste por no saber de dónde era aquella hermosa dama. Tan grande era su tristeza que pidió a sus amigos que viniesen a pasear a la plaza del palacio. Linda Blanca, que ya estaba enterada de la pena del Rey, se vistió con el primer vestido de la fiesta y se asomó a una ventana.

Un amigo del Rey la vio y dijo:

—¡Oh, que cara más linda vi en una ventana de palacio!

El Rey miró, pero no vio nada. Encaminóse hacia palacio, y dirigiéndose a la Reina, le dijo:

—¿Quién hay aquí de fuera?

—Nadie —respondió la Reina—, sólo la gente de costumbre.

El segundo día, aunque estaba con los ojos bien abiertos, en un momento que se descuidó, ella apareció con el segundo vestido y sólo los amigos del Rey la vieron. Encaminóse a todo correr a palacio, pero la Reina madre le dijo lo mismo que el día anterior.

Al tercer día, el rey estuvo muy atento y entonces vio a la misma dama de la víspera, con el vestido azul rameado de oro. Corriendo rápidamente logró coger a Linda Blanca por el borde del vestido dorado y le dijo:

—Yo te ordeno que aclares todo esto.

Ella obedeció, y entonces el Rey pudo ver a la dama que tanto le encantó el día de la fiesta. Linda Blanca le contó el motivo de todo aquello, y durante tres días se celebraron las fiestas de la boda.

Y quien lo dice está aquí.
Quien quiera saberlo que se vaya allá.
Zapatitos de manteca.
Se escurren, pero no se caen.

PUERTO RICO

Las tres cornejas

Esta era una vez que había un muchacho a quien llamaban Juan Bobo por ser medio tonto, zángano y estúpido.

Un día su madre le mandó al pueblo a comprar tres cosas: carne, melao[11] y unas agujas.

Aparejó la yegüita con las banastas y se fue Juan Bobo al pueblo a cumplir el encargo. Compró el melao y lo echó en las banastas; la carne y las agujas fueron puestas también con el melao en las banastas.

Volvió Juan Bobo a su casa y trajo carne llena de melao, pero no trajo ni agujas ni melao. Ambas cosas se habían perdido en el camino, sobre todo el melao, que además de ser comido por un número inmenso de moscas que acompañaban a Juan Bobo, había ido destilándose constantemente por entre el tejido de las banastas.

Cuando llegó el Bobo y la madre vio lo que había hecho el muy estúpido, le pegaba y le decía:

—¡Animal! ¡Si es que eres un animal! ¿Cómo vas a derramar el melao en las banastas y quieres que llegue aquí? ¡Y las agujas! Tenían que salirse por los agujeros; no eres más que un bruto; no puede mandársete a hacer nada.

—Mamá, no se apure usté —decía Juan Bobo—. El melao se lo comieron las señoritas del manto prieto, pero mañana mismo voy a denunciarlas donde el señor juez.

—Déjate de tonterías, Bobo; eres más bobo que los bobos. Si no fuera porque te necesito, ya te hubiera botado por esos mundos, porque no sirves para nada; eres, al contrario, una carga.

—Mamá, no se apure usté; mañana denuncio a las señoritas del manto prieto.

—Ve ahora a pedirle la olla de tres patas a la comae[12] para hacer un guiso con la carne. Pero avanza, que no puedo perder el tiempo.

Fue Juan Bobo donde la comae y le pidió la olla. Ésta era un caldero de esos que se usaban antes, de hierro, con tres patas y muy grande.

Cogió Juan Bobo la olla y salió con ella. Yendo por el camino que conducía a su casa, puso la olla en el suelo y le decía:

—Mira, ya yo estoy cansado de llevarte, tú tienes tres patas y puedes andar mejor que yo. Camina adelante, que yo voy detrás.

Y como la olla se quedara en el mismo sitio, le decía:

—¿Qué te pasa? ¿No sabes el camino? Pues yo me voy adelante; sígueme.

Pero la olla no se movía.

—Haragana, eso es lo que tienes; que eres una haragana; te gusta que te lleve al hombro y tú no caminar. Pues está bonito eso, que tú con tres patas y yo con dos te tenga que cargar a ti. No, señor, tú tienes que caminar.

Y con un palo o garrote que llevaba le daba furioso y la empujaba con los pies.



—Anda, anda haragana; avanza, que mamá nos está esperando.

Mas al llegar a un sitio donde el camino se dividía en dos vereditas, a la bajada del cerro, cogió Juan Bobo a la olla perezosa, y poniéndola en una de las veredas, le dijo:

—Oye, tú coges por aquí y andas lo más ligero que puedas. Yo cojo por aquella veredita y ando bien ligero. A ver quién llega primero, tú o yo.

—Bueno, ya estamos —gritaba Juan Bobo del otro camino—. A la una, a las dos y a las tres.

Y pies para qué te quiero iba Juan Bobo cuesta abajo que no lo cogía nadie. Fatigado llegó a su casa y seguida fue donde la mamá y le preguntó:

—Mamá, ¿ha llegado ya? ¿Llegó?

—Pero, muchacho, ¿que si llegó quién?

—La olla, mamá, la olla. Nos echamos a ver quién llegaba primero.

—Juan Bobo, te mato; hoy, te mato. No seas estúpido, muchacho. Vete, vete ligero a buscarme esa olla —gritaba la madre furiosa.

El Bobo, furioso, lleno de miedo, fue cerro arriba y se desquitó los improperios que le había dicho la madre contra la olla.

—Lo ves, haragana. No tienes consideración. Por culpa tuya me iba a pegar mamá; por poco me coge si no me vengo ligero. Ahora es que te las voy a cobrar; te debería dar vergüenza, tú con tres patas y yo con dos solamente, y, sin embargo, llegué primero.

Diciéndole esto, le daba de patadas.

Como la vereda estaba en una pendiente, al impulso que recibió de las patadas, rodó la olla cuesta abajo.

—¿Cómo, ahora corres? —decía Juan yéndole detrás—. ¿Cogiste miedo?

Llegaron por fin Juan Bobo y la olla haragana.

Al día siguiente temprano Juan Bobo hablaba con el juez.

—Señor juez —decía—, denuncio a las señoritas del manto prieto por haberse comido el melao.

—¿Quiénes son tales señoritas? —preguntaba el juez.

—Esas, ésas mismas que ve ahí —le contestó; y le señalaba unas cuantas moscas que estaban paradas en una mesa.

—¡Ah!, las señoritas del manto prieto; tú quieres decir las moscas.

—Eso mismo, eso es. Ellas me cogieron el melao. Y quiero vengarme o que me paguen.

—Juan, escucha lo que vas a hacer —decía el juez lleno de risa—. Dondequiera que veas una de esas señoritas, con ese mismo garrote que llevas, le das en seguida y las matas. Es muy sencillo, ¿verdad?

—Muy bien, señor juez.

Y en ese mismo momento, ¡tras!, descargó un golpetazo inmenso sobre la cabeza del desgraciado juez. Se le había parado una señorita del manto prieto sobre la calva.

Juan fue a la cárcel, pero ni aun allí le dejaron tranquilo las provocativas señoritas del manto prieto.

Cuento acabao y arroz con melao; a mi compañero que me cuente otro más salao.

EL SALVADOR

El tigre del Sumpul

Estaba allí. Negro bajo las ramas, salpicada de luna la faz siniestra. Se le distinguía claramente por las tres plumas de guara[13] que llevaba en la frente; era el Tigre del Sumpul, aquel río solitario y perdido que se arrastra bajo peñas y entre raíces, el río de los crímenes que se ha teñido tantas veces en sangre y ha escuchado tantos gritos de angustia y de dolor. ¡Río de cadáveres y de huesos!

Allí mismo, aquel hombre que se ocultaba tras el tronco de aquel nudoso tigüilote[14], había robado a los viajeros y había abonado sus márgenes con sangre. Era de origen maya. Se había criado en las montañas, en las altas montañas de Chalatenango, donde la confederación pipil había detenido el avance del imperialismo ulmeca. Desde el alto Cayaguanca hasta el tétrico Sumpul, había recorrido cometiendo crímenes.

En la orilla de los caminos quemaba una mezcla de hojas de “tapa” (datura) y de tabaco, cuyo humo produce sueño, delirios y debilidad física instantánea; hacía caer a sus víctimas por medio de ese violento veneno de la daturina.

Quién sabe por qué circunstancias estaba ahora en tierras pipiles. Y seguía siendo el criminal de antes.

Era bastante entrada la noche.

El silencio engrandecía el ruido de las lagartijas que corrían.

Y se oyeron unos pasos apagados por el polvo del sendero. Un mancebo avanzaba. Un indio querido de todo el pueblo, Malinalli (yerba retorcida). A la luz de la luna se le veía, cruzado sobre el pecho el valioso tejido de piel de chichintor, que acostumbraba a llevar siempre; venía distraído, cantando una vieja canción, cerca ya del tigüilote fatal.

Detrás del tronco nudoso, el Tigre de Sumpul prepara su cerbatana, un carrizo[15] largo con el que dispara dardos envenenados. Apunta, y en el momento en que Malinalli pasa frente al árbol, sopla en la cerbatana.

Y el joven cayó. El veneno, quizá demasiado viejo, no produjo efecto inmediato, porque el indio pudo defenderse por algún tiempo sin que la parálisis nerviosa lo imposibilitara. Tras corta lucha, el Tigre de Sumpul sacó una cuchilla de obsidiana, y bajo la mirada inocente de Metxi, la hundió en el pecho de su víctima. Salió la sangre, manchando el suelo, y con un ademán violento arrancó el tejido de piel de chichintor que llevaba en el pecho.



Y se alejó del lugar.

La desaparición de Malinalli causó mucho pesar en el pueblo.

Todos aseguraban que sería vengado por su nahua[16]: una furiosa culebra Masacuat, que, según aseguraban algunos, ostentaba la señal de una gran mancha blanca sobre su lomo negro.

Pasó el tiempo.

El Tigre del Sumpul había huido de tierras pipiles, asustado por los frecuentes encuentros que tenía con una Masacuat larga con una mancha blanca sobre el lomo negro. Está ahora en el peñón de Cayaguanca.

Era de noche. La luna se paseaba sobre la selva silenciosa. De las montañas vecinas venía un aire frío.

Por la orilla de una ladera escueta, entre un ralo grupo de árboles, caminaba un hombre con una flecha al hombro. En el tronco de un nudoso tigüilote, la luna dibujaba sobre el suelo la figura como de una rama que se movía. Avanzó el hombre, y al pasar frente al árbol, algo se alargó, enrollándosele rápidamente al cuello. Se oyó un grito. Allí, contra el árbol, había un hombre apretado al tronco.

De pronto quedó libre.

Y por la ladera escueta rodó un cadáver.

En la frente se le distinguían tres plumas de guara.

Rodó, rodó por la ladera escueta, bajo la infantil mirada de la luna.

Del tronco se desprendió una culebra.

Se deslizó rápidamente por el sendero.

Una gran mancha blanca se distinguía sobre su lomo negro.

SANTO DOMINGO

El caballito de siete colores

Éste era un padre que tenía tres hijos. La vida de ese padre estaba en una hierba, y todos los días venía el caballito de siete colores y se comía la vida; y esto causaba una gravedad al padre.

El padre dijo al hijo mayor que él tenía que coger al animal que se comía la hierba, que era la vida de su padre. El hijo compró una lira, una hamaca y un papel de alfileres. Se puso a cantar y le cogió el sueño y no pudo ver el animal que se comía la vida de su padre, que se estaba muriendo.

Dijo el segundo:

—Ya que mi hermano se durmió y no pudo coger el animal, yo lo cogeré.

Hizo lo mismo que el otro, pero también se durmió y no vio el animal que aniquilaba diariamente la vida del buen padre.

El hijo más pequeño hizo lo mismo, y tuvo la suerte de no dormirse y coger al caballito de siete colores. El caballito le suplicó que lo soltara, prometiéndole no volver a comerse la vida de su padre. Juanico le dijo que no, que lo llevaría donde su padre. El caballito le dijo que cuando llegara donde su padre lo dejara irse, que su papá lo mataba.

—Ya yo estaré listo con una silla y freno, y tú te vas conmigo a comer tierra.

Así lo hizo y se fueron. Cuando no corrían por tierra, iba volando; porque el caballito volaba. En una ocasión que iban volando, Juanico cogió una pluma en el aire y se la enseñó al caballito. El caballito le dijo que por esa pluma lloraría muchas lágrimas.

Llegaron a un pueblo y se hospedaron donde un rey. La reina se enamoró de Juanico y lo enamoraba constantemente, pero él se negaba y le dijo que no, porque el rey se ponía bravo; que él no le hacía eso al rey.

Ella, por vengarse del desprecio que le hacía, le dijo al rey que Juanico decía que él se atrevía a coger el pájaro de la pluma que tenía en el sombrero. Entonces el rey llamó a Juanico y le dijo:

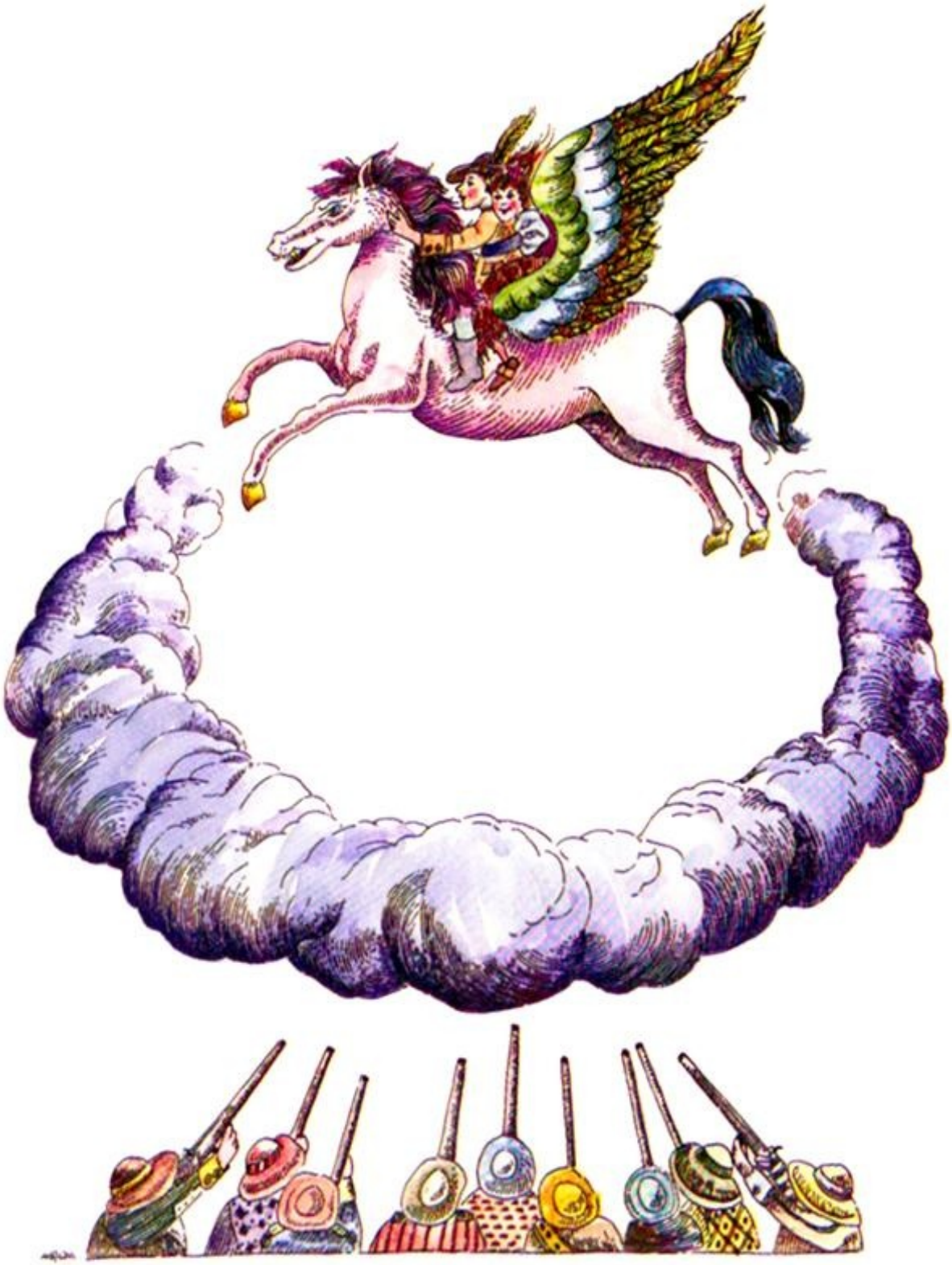
—¿Es verdad que tú dices que te atreves a buscar el pájaro de esa pluma que llevas en el sombrero?

—Yo no lo he dicho —dijo él—, pero si usted quiere yo lo hago.

Se fue donde el caballito y se puso a llorar. El caballito le preguntó qué tenía, y él le dijo que la reina le había dicho al rey que él iba a conseguir el pájaro de la pluma.

—¿Ya ves, Juanico —le dijo el caballito—, que yo te dije que sufrirías por esa pluma? Móntate y vámonos.

Se fueron, y llegaron a una laguna donde había mucho pájaros ponzoñosos. El caballito le dijo a Juanico.



—No te metas que eres perdido.

Y se fueron a otra laguna, y le dijo el caballito:

—Coge el pájaro ahí, pero cuando te veas apurado llámame.

Juanico se metió en la laguna y le cayeron todos los pájaros.

Cuando ya estaba muy apurado dijo:

—Caballito de siete colores, ¿dónde estás? ¡Váleme!

Vino el caballito y le dijo:

—¿Porqué no me llamabas? Coge el pájaro y vámonos.

Se fueron y le llevó el pájaro al rey.

Entonces la reina, más enamorada que antes y más desdeñada que antes, le dijo al rey que Juanico decía que se atrevía a coger la hembra. Lo llamó el rey otra vez y le dijo:

—Ve y búscala.

Volvió de nuevo Juanico donde el caballito. Éste le preguntó qué tenía y le dijo qué le pasaba.

—¿Yo no te lo dije, Juanico, que ibas a llorar por esa pluma? Súbete y vámonos.

Se fueron y llegaron a otras lagunas. El caballito le dijo que si veía los animales con los ojos abiertos y que si se veía apurado que lo llamara.

Se metió y le cayeron todos los pájaros, y ya casi estaba muerto cuando se acordó del caballito y dijo:

—¡Caballito de siete colores, váleme!

En seguida se presentó el caballito y le dijo que por qué no lo llamaba.

—Era que no me acordaba, tan atormentado como estoy.

Por fin se fueron con la hembra del pájaro.

Y cuando la reina vio que la llevó se enamoró mucho más de él, y al verse desdeñada, le dijo al rey que Juanico decía que se atrevía a rescatarle una hija que le habían robado los moros en una ocasión. El rey, aunque lo dudó, mandó a buscar a Juanico y le dijo que si era verdad lo que decían de que él rescataría su hija.

—No lo he dicho —dijo Juanico—, pero si usted quiere, yo la rescato.

Se fue a llorar donde el caballito, y él le dijo:

—Vámonos, Juanico, yo te voy a llevar para que traigas esa muchacha.

Se fueron volando, volando, atravesaron el mar y llegaron. Cuando estaban volando en la ciudad, la muchacha lo vio y se enamoró del caballito.

—Mire, papa, qué bonito caballito, ¡cómpremelo!

El papá le dijo que si se lo vendían o se lo alquilaban para ella. Juanico dijo que ni lo alquilaba ni lo prestaba, que si él le tenía confianza, lo que

podía hacer era montar con ella.

Tocaron un bando para reunir el pueblo para cuidarla. Se montaron, y el caballito levantó el vuelo y se llevó la muchacha. Le tiraron con cañones y carabinas y ninguna bala pudo alcanzarla.

Juanico se enamoró de la muchacha e iba todo el camino enamorándola, y al pasarle una sortija, se le cayó al mar en el momento en que iban pasando por él. Cuando llegaron, la reina estaba aún más enamorada de él. Entonces fue donde el rey y le dijo:

—Marido, dice Juanico se atreve a traernos la sortija que se cayó en el mar.

Cuando el rey le dijo a Juanico de traerle la sortija, se fue otra vez a llorar donde el caballito. Éste le preguntó qué tenía, y le dijo lo que le pasaba.

—Coge un cordel, un machete y una sábana y móntate y vámonos.

Cuando llegaron al mar, le dijo el caballito que lo matara. Juanico le decía:

—¿Cómo te mato, caballito? ¿Cómo te mato?

—Mátame y amárrame bien en la sábana, que no se me salga ni un pedacito de mí, amárrame con el cordel y tírame al mar, diciendo: “Caballito de siete colores, váleme aquí. Caballito de siete colores, váleme aquí”. Así hasta que salga.

Cuando él estaba muy afanado diciendo: “Caballito de siete colores, váleme aquí. Caballito de siete colores váleme aquí”, se le apareció el caballito por detrás diciéndole:

—Mírame, Juanico, y mira el anillo.

Se fueron, y cuando llegaron donde el rey, lo casaron con la hija, y la reina se quedó sin él. El rey le cedió la corona y fue Juanico el rey de ese pueblo.

VENEZUELA

El ladrón honrado

Al trote largo de su Ñandú avanzaba cierta mañana Juan en dirección al monte, canturreando a media voz una de sus milongas predilectas, cuando se cruzó con su primo hermano el Zorrillo, que acababa de salir de un pajonal cercano, cojeando lastimosamente y con el cuero lleno de tajos, de moretones y de peladuras.

—¿Qué le pasa, pariente? —interrogóle el Zorro sofrenando su pingo[17] —. ¿Anduvo camorriando por ahí y se dejó estropiar?

—¡Qué más remedio! —contestó el interpelado con la voz temblorosa de indignación y los ojos centelleantes—. Usté sabe que yo, aunque tengo fama'e malo, no acostumbro a provocar a naides. Salgo siempre de noche a campiar mi sustento y el de mi familia, y vuelvo pa mi cueva antes de que comience a clariar, a fin de evitarme líos con el vecindario, pues nunca falta algún propasao que se ponga a enticar con uno, y como soy medio ligero'e genio y aguanto muy pocas pulgas…

—Así me gusta el crioyo —aprobó con entusiasmo Juan, ofreciéndole a su interlocutor tabaco y chala[18]—. Pique y arme grueso nomás, no haga cumplidos, que estamos en familia. Y mientras tanto vaya contando lo que le aconteció. Quién sabe yo no pueda hacerle alguna pierna pal desquite…

—Pues vea cómo jue la cosa, pariente —empezó a decir el Zorrillo, a la vez que sobaba con lentitud la chala—: Risulta que anoche andaba yo recorriendo los potreros de la estancia'e don Tigre, cuando un de repente me topé con ese albitrario del Perro, que aúra ha dentrao de milico, como usté no inorará…

—Sí, ya tenía noticias d'eso —asintió Juan—. Y, pa serle franco, opino que el puesto le ha caído como aniyo al dedo. Siempre tuvo alma'e milico el condenao.

—Figúrese usté. ¡Andarle cuidando el campo al Tigre, que dende que el mundo es mundo ha sido su enemigo!… ¡Se precisa tupé, mismo! Pero lo cierto es que, como le iba diciendo, se me metió anoche al torzal[19], dándome

la voz de alto en cuanto nos enfrentamos y gritándome que yo era un perdulario, y que m’iba enseñar a respetar la propiedá privada, y otra punta de cosas por el estilo. Le retruqué de igual suerte, por supuesto, pues usté sabe que no tengo pelos en la lengua, y entonces él manotió la lata y se me vino al humo, diciéndome que m’iba a moler los güesos a palos por insubordinado. Algún planchazo que otro me pegó, no via a negarlo, pero asina tamién le habrán quedao los ojos a ese indino con el par de rociadas que me di el gusto de echarle.



—Y, ¿cómo diantres se salvó de que lo encajaran en el cepo, pariente? —interrogó con vivo interés el Zorro, que no perdía palabra del relato.

—Gracias a una cueva de mulita[20] que había ayí cerca, y en la que me pude ganar mientras mi contrario se refregaba las vistas. De no haber sido por eso no estaría aúra aquí, contando el cuento.

—¡Cómo cambean las cosas día a día en nuestro país, querido primo! —opinó tras unos instantes de reflexión el Zorro, que en ese ínterin acababa de idear un plan diabólico—. Antes el crioyo era dueño de andar a su antojo por la tierra orientala, sin que naides le preguntase qué rumbo yevaba, ni qué comía, ni de ande sacaba plata pa los vicios, ni en qué sabía trabajar. Tuito lo que había en los campos y en los montes era del que lo agarrase y no existían señales, ni marcas, ni alambraos, ni milicos, ni ninguna de esas cosas que hoy estropean la vida del pobrerío…

—¡La verdá! —corroboró el Zorrillo en tono melancólico—. ¡Qué dimudao que está este país, amigo!

—¡Y pobre del que baje el cogote y se deje pisotiar! —prosiguió Juan—. Hay que endurecer el lomo como hace usté, pariente, y no aflojarles ni la pisada de un chimango a los de arriba. Y al decir de los de arriba digo los que tienen plata, porque la plata es la causante de todos estos males. En su caso de anoche, por ejemplo, cre usté que la culpa la tiene ese adulón del Perro. ¡Pues no señor! El único culpable es el Tigre, que habiendo enyenao sus potreros de hacienda mal habida, y creyendo que los demás son pícaros como él, se ve en la necesidá de yamar a la policía pa que se la vigile. Yévese de mi consejo si quiere hacer justicia, mi estimado primo y amigo: es al Overo[21] viejo y no al Perro al que debe cobrarle esa cuentita…

—¿Sabe que tiene razón? No había pensao en eyo —dijo el Zorrillo tras una breve pausa—. Reconozco que soy de pocas luces y que no sirvo pa andarle buscando cinco pieses al gato, como dicen… Pero, dispués de todo, ¿qué puedo hacer yo contra el Tigre, con lo grandote y fortacho que es ese bandido?

—Déjelo por mi cuenta, que yo he de encontrar la manera de arreglar bien las cosas. Si en verdá quiere tomarse el desquite véngase conmigo y haga al pie de la letra todo lo que le diga. Salvo que tenga miedo, por supuesto…

—¿Miedo yo? ¡No ha nacido en el mundo naides capaz de ajustarme! —compadreó el Zorrillo.

—Pues entonces suba en ancas y vamos aúra mismo. Pero asujétese bien, porque mi pingo tiene mal genio y a ocasiones le da por beyaquiar…

Un instante después trotaban ambos enancados, a pesar de las ruidosas protestas del Ñandú, que como tenía el buche vacío estaba de un humor pésimo y no hacía sino rezongar de continuo, diciendo que él no era "matungo[22] patria", para que todo el mundo se le horquetase en el lomo.

Llegado que hubieron al camino real, Juan sofrenó su enfurruñado flete en un recodo, cerca de la pulpería[23] del Tatú, y echando pie a tierra díjole al Zorrillo:

—Vamos a acampar aquí, pariente, mientras Patas Largas se hace una escapadita hasta el boliche[24] y nos agencea una bolsa vacía. De paso compras alguna cosita pa engambelar el buche, tragamundo —añadió volviéndose hacia el Ñandú y alcanzándole un par de reales—. Pero mové ligero las gambas, porque me palpita que padrino Tigre no tardará en asomar el hocico por ahí.

Acicateado por la halagüeña perspectiva de engullir algo, lo cual constituía la única y constante preocupación de su vida, el zancudo echó a correr a toda velocidad rumbo a la pulpería.

Pocos minutos después estuvo de regreso con la bolsa, que Juan examinó minuciosamente, observándola a contraluz para ver si estaba sana y tironeándola con fuerza a fin de asegurarse de su resistencia.

—Padrino Tigre cruza todas las mañanas por aquí —explicóle el Zorrillo mientras realizaba dicha operación—. Asigún creo, va al rancho de doña Lechuza, la curandera, que le está haciendo un tratamiento pa cierta quebradura de costiyas sufrida el mes pasao, cuando el pobre quiso aprender a volar y le fayaron las alas… Pero me parece que ya viene cerca porque siento la voz de alarma de mi compadre el Terutero. Prepárese, pariente, y cumpla cayao mis órdenes si quiere que el asunto salga bien.

Apenas había acabado de hablar cuando vio aparecer al Tigre sobre un repecho, jinete en su venado, como siempre, y con el herraje de plata y oro resplandeciendo al sol.

—¡Métase aquí en la bolsa y no se mueva, primo! —ordenó Juan—. Y cuando yo le dé a la voz de ¡"aúra"!, usté proceda, nomás, como Dios manda.

Cumplida su orden, púsose el Zorro de espaldas al camino, y fingiendo no darse cuenta de que el Tigre se acercaba al trote largo, metió el hocico en la bolsa y empezó a lanzar exclamaciones de asombro, cual si estuviera contemplando algún prodigio.

Al advertir la presencia de su enemigo allí tan cerca, al alcance de su rebenque, el Overo desmontó y se aproximó con la mayor cautela,

relamiéndose de gusto los bigotes ante la inesperada posibilidad de atraparlo y propinarle, ¡al fin!, tan ansiada paliza.

—¡Caíste, matrero[25]! —le gritó monoteándole la golilla y levantando el "platiao"—. ¡De esta soba no te salva ni Mandinga!

—¡Hágame lo que usté quiera, padrinito! —tartamudeó Juan mientras procuraba ocultar la bolsa tras su cuerpo—. ¡Muélame el lomo a palos, cuéreme vivo, si le parece, pero no me vaya a quitar esta hermosura! ¡Se lo pido por el cariño de madrina Tigra, la pobre, que es tan güeña! ¡No me la vaya a quitar!

—¡Valiente cosa! Y, ¿qué porquería escondes ahí?

—¡Una gayina mágica, que en vez de güevos pone onzas de oro puro! Cada vez que uno la mira pone una. Pero hay que mirarla con los ojos abiertos y fijos, pues si se pestañea eya pierde la virtú. ¡Déjemela, padrinito! Usté, ¿pa qué la quiere, si le sobra la plata?

—¡Trai p'acá esa bolsa y cerra el pico, avariento! —rugió el Overo con la voz temblorosa y los ojos brillantes de codicia. Y arrebatándosela con un brusco tirón hundió prestamente en ella la cabeza, ávido de comprobar el milagro.

—¡Aúra, pariente! —gritó entonces Juan.

Y fue tan certero el fétido y corrosivo chorro con que le recibió el Zorrillo, que el Tigre, enceguecido y bramando de dolor, cayó hacia atrás y comenzó a revolcarse desesperadamente en el pasto, mientras su "ahijado", le decía entre grandes risotadas:

—¡Ya ve lo que ganó por ambicioso, padrino! ¡Pero pa otra vez ya sabe: cómprese unas antiparras y un frasco de agua florida, por las dudas!…

URUGUAY

El hombre, el tigre y la luna

El hombre fue al río a buscar agua en una calabaza.

Cuando regresó a su casa, se encontró con el tigre que había penetrado y estaba allí dentro, sentado en el suelo.

El hombre, pensando defenderse, dio un salto hacia el sitio en que guardaba sus armas para coger la flecha.

El tigre se puso a reír y dijo:

—No soy tonto, Pemón. Sé que debes tu poder a las armas que posees, por eso te las he destruido.

El hombre vio entonces que el tigre estaba sentado sobre los restos de sus flechas y sus hachas destrozadas.

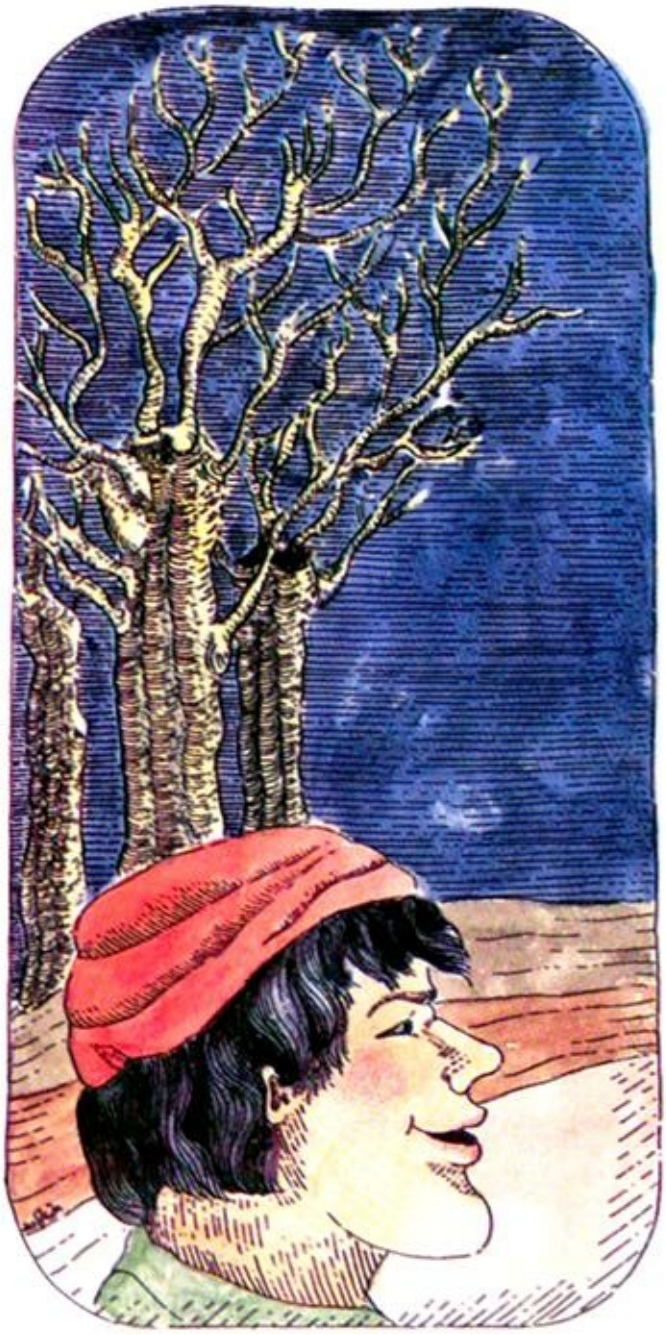
—He venido —siguió diciendo el tigre— a demostrarte que soy más poderoso que tú.

El animal se puso en pie y salió afuera, conduciendo al hombre hasta un matorral cercano. Allí se escondieron.

Al cabo de un rato, escucharon aletazos y vieron un paují[26] que vino volando y se posó en lo alto de un árbol.

El tigre se trepó al árbol silenciosamente; cogió al paují por el pescuezo y regresó junto al hombre.

—¿Eres capaz de hacer eso? —le preguntó.



—Sin flechas, o sin cerbatanas no puedo hacerlo —contesto el hombre.

Siguieron escondidos. Al poco tiempo, vieron moverse el monte y escucharon un ruido de pisadas. Una danta[27] apareció, caminando en línea recta hacia ellos.

El tigre dio un gran salto y cayó sobre la danta. De un solo zarpazo la dejó y luego la arrastró hacia el matorral.

—¿Puedes matar una danta de la manera como yo he matado ésta? —preguntó al hombre.

—No —dijo éste—; sin armas no puedo hacerlo.

Entonces se fueron a la orilla del río.

El tigre comenzó a golpetear sobre el agua con su lengua rosada.

Atraídos, los peces, se acercaron. Cuando fue tiempo, de un solo manotazo el tigre sacó fuera uno de ellos, enganchado en sus uñas.

—Sin los aparejos necesarios, eso tampoco lo puedo hacer —murmuró el hombre.

El tigre se quedó mirándolo, y luego dijo:

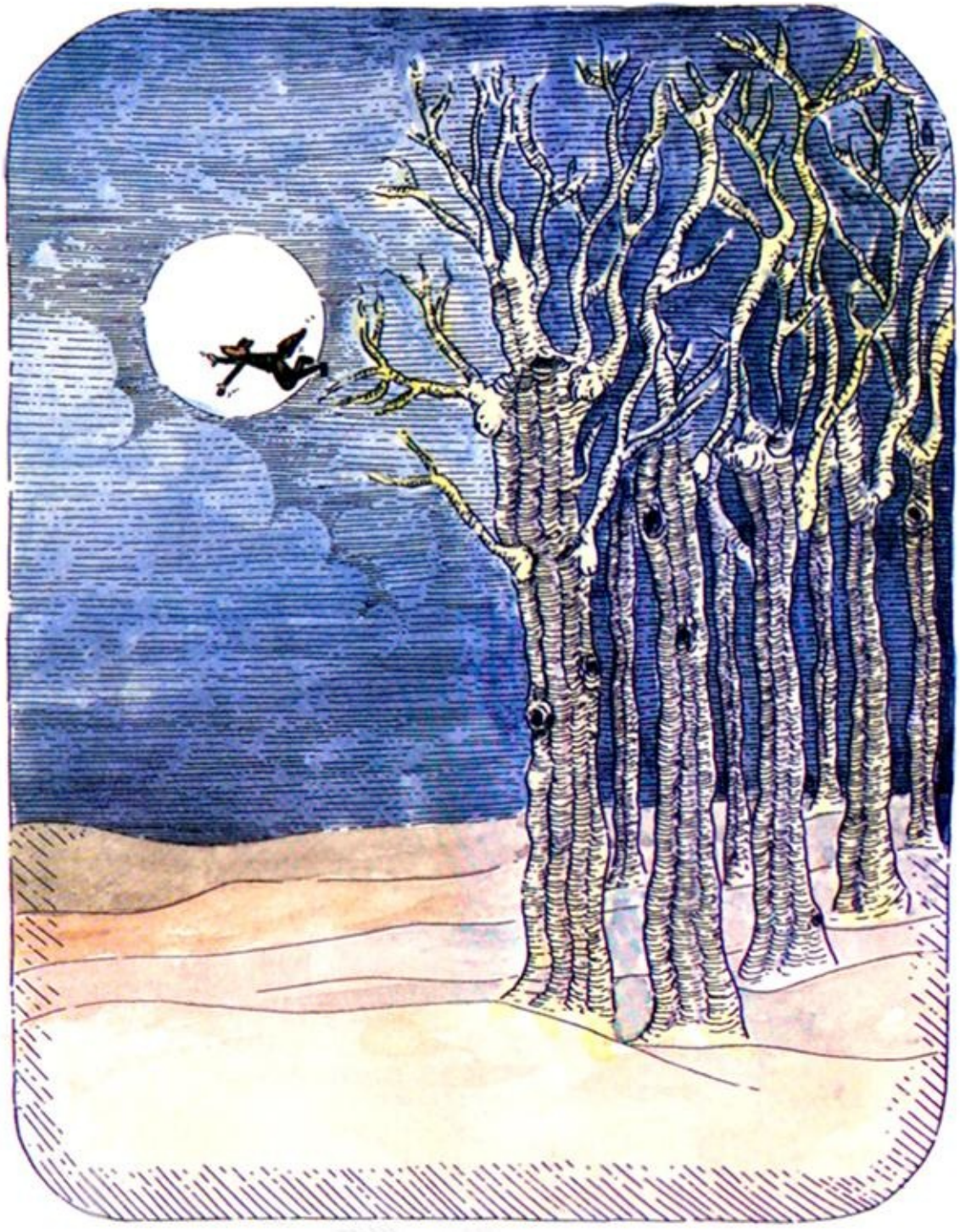
—Ahora te toca a ti, Pemón, ejecutar también tres hazañas. Si yo no puedo imitarte, quedaremos amigos, pero si las llevo a cabo, entonces te devoraré.

La luna estaba en el cielo rodeada de nubes, el hombre la miró y dijo después al tigre:

—Aguárdame aquí, Kaikusé; ya vuelvo.

El tigre, desconfiado, gruñó:

—No pretendas huir, porque si lo haces, te buscaré y cuando te haya encontrado, te mataré.



—No tengas cuidado —dijo el hombre y se fue.

Se metió entre la selva, y cuando estuvo fuera del alcance de la vista de la fiera, dio un rodeo y regresó a su casa por la parte posterior. Entró y buscó una torta de casabe[28].

Luego miró al cielo y cuando vio que la luna se escondía detrás de una nube, volvió donde estaba Kaikusé, a quien mostró la torta de casabe, preguntándole:

—¿Sabes qué es esto, amigo Kaikusé?

—No sé —contestó el tigre.

Pemón dijo:

—Mira al cielo. ¿No ves que la luna ha desaparecido?

La fiera miró al cielo y seguidamente a la torta de casabe.

—¡Ah! ¡Has cogido la luna! —exclamó.

—Sí —dijo el hombre, y empezó a comer casabe.

El tigre, mirando el gusto con que Pemón comía, dijo:

—Debe ser sabroso comer la luna.

El hombre le dio lo que quedaba de la torta de casabe al animal, diciendo:

—Sí, es bueno; come.

En un momento el tigre devoró todo el casabe y se quedó relamiéndose.

—Es lástima que se haya acabado —murmuró.

—No importa —dijo Pemón—. Ahora saldrá otra luna.

—¿Y podré cogerla yo?

—Naturalmente, de la misma manera que yo cogí la mía.

—¿Y cómo hiciste para darle alcance?

—Muy sencillo —explicó el hombre—. Me subí a los copos de un árbol y de un salto me llegué hasta ella.

La luna salió de las nubes en que se había ocultado y comenzó de nuevo a correr por el cielo.

Apenas la vio el tigre, fue rápido y se subió al árbol más alto. Allí se agazapó y, mirando fijamente al rostro para afinar la puntería, dio al fin el gran salto, pero no alcanzó la luna, sino que se vino de cabeza y se estrelló en el suelo contra una piedra.

El hombre llevó a su casa el pescado y el paují, y arrastró hasta ella también al tigre y la danta.

Nota de la autora

De la gran variedad de cuentos populares que han sido dados a conocer por eminentes folkloristas de todo el mundo iberoamericano, hemos seleccionado los cuentos que nos han parecido más bellos, graciosos y significativos. En su mayor parte, están tomados oralmente, en una labor de campo, y en otras ocasiones están reelaborados literariamente, como en el caso del cuento de "La doncella que engañó a todos", de Guatemala, o el de "La gallina mágica", del Uruguay, o el de "El Tigre del Sumpul", de El Salvador.

En todos ellos la expresión es culta, no obstante su procedencia popular, pues se ha decidido transmitirlos en una lengua unificada. Sólo "La gallina mágica", de Uruguay, refleja el habla criolla. Determinados vocablos localistas reflejan, también, el lugar de origen de los cuentos.

Vamos a citar las recopilaciones más valiosas, en su mayor parte agotadas, de donde proceden estos cuentos: "El sembrador, el tigre y el zorro" (Argentina), de Berta Elena Vidal de Battini, "Cuentos y leyendas populares de Argentina", Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires, 1980; "El rokhochito" (Bolivia), de Hugo Molina Viaña, "Selección de cuentos bolivianos para niños", Biblioteca Infantil Popular, La Paz, Bolivia, 1969; "Tío Conejo y tía Zorra muerta" (Colombia), de Euclides Jaramillo Arango, "Cuentos del pícaro Tío Conejo", Ed. Iqueima, Bogotá, Colombia, 1950; "Tío Conejo y Tía Boa" (Costa Rica), de María Noguera, "Cuentos Viejos", San José, Costa Rica; "El hijo del pescador" (Cuba), de Samuel Feijoo, "Cuentos del velorio" del libro "Sabiduría guajira", Universidad Central de las Villas, La Habana, Cuba, 1965; "El árbol de las tres manzanas de oro" (Chile), de Ramón A. Laval, "Cuentos populares de Chile", Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1923; "El conejito y el sapito" (Ecuador), de Paulo Carvalho Neto, "Revista de Folklore Ecuatoriano", n.º 1, octubre, 1965; Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito,

Ecuador; "El gallo" Revista de Dialectología, 1948. Madrid; "La doncella que engañó a todos" (Guatemala), título que hemos dado al capítulo III de la segunda parte del libro "Popol Vuh", de Guatemala, Ed. Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1969; "La coyota Teodora" (Honduras), Boletín de la Biblioteca y Archivos Nacionales, año III, n. 6, Tegucigalpa, Honduras, 1943; "Los tres hermanos y el sapo" (México), de Alfredo Barrera Vázquez, "Cuentos mayas", México, 1947; "La palomita de la patita de cera" (Nicaragua), de José Antonio Lezcano y Ortega, "Cuentos populares", Editorial Centroamericana, Managua D. N., Nicaragua, 1942; "El agua de la vida" (Panamá), de Mario Riera Pinilla, "Cuentos folklóricos de Panamá", Ministerio de Educación, Panamá, 1956; "El yaguareté burlado" (Paraguay), de Paulo Carvalho Neto, "Folklore del Paraguay", Editorial Universitaria, Quito, Ecuador, 1961; "El puma y el zorro" (Perú), de Antonio Jiménez Borja, "Cuentos populares peruanos", Lima, Perú, 1937; "Juan Bobo" (Puerto Rico), de Rafael Ramírez de Arellano, "Folklore puertorriqueño: cuentos y adivinanzas recogidas de la tradición oral", Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1928; "El caballito de siete colores" (República Dominicana), de Manuel José Andrade, "Folklore de la República Dominicana", Universidad de Santo Domingo, Ciudad Trujillo, Santo Domingo, 1930; "El tigre del Sumpul" (El Salvador), de Miguel Angel Espino, "Mitología de Cuscatlán", Ministerio de Cultura, San Salvador, El Salvador, 1955; "La gallina mágica" (Uruguay), de Serafín J. García, del libro "Las aventuras de Juan el Zorro", Fábulas criollas, Montevideo, Uruguay, 1963; "El hombre, el tigre y la luna" (Venezuela), de Rafael Rivero Oramas, Revista "Tricolor", Caracas, Venezuela; "El macaco y el rabo" (Brasil), de Silvio Romero, "Contos populares do Brasil", 1885 (título original "O macaco e o rabo", traducido por Carmen Bravo-Villasante); "Linda Blanca" (Portugal) de Teophilo Braga "Contos tradicionaes do povo portuguez" (título original "Linda Branca", traducido por Carmen Bravo-Villasante); "El Rey cangrejo" (Filipinas), de Leonor Agrava y Araceli Pons García, "Leyendas filipinas", Madrid, 1955.



CARMEN BRAVO-VILLASANTE. *Nace en Madrid. Se doctora en la Universidad Central con su tesis* "La mujer vestida de hombre en el teatro del siglo de oro". *Como escritora ha publicado numerosas biografías*: "Vida de Bettina Brentano", "Biografía de Juan Valera", "Vida y obra de Emilia Pardo Bazán", "Una vida romántica; la Avellaneda", "Vida de un poeta: Heinrich von Kieist", "E.T.A. Hoffmann", "Galdós" y "Puschkin".

Como ensayista e investigadora merecen mención especial sus Historias y Antologías de Literatura Infantil Española, Iberoamericana y Universal, por las que ha obtenido el Premio Nacional de Literatura en 1979 ("Historia y Antología de la Literatura Infantil Iberoamericana". Editorial Everest, 1987).

Es miembro de la Hispanic Society of America.

CARMEN ANDRADA, ILUSTRADORA

Nace en Madrid. Estudia Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, donde se relaciona con un grupo de jóvenes pintores que canalizan sus inquietudes artísticas. Finalizados sus estudios universitarios, se dedica a la enseñanza de literatura. Su tarea docente, en permanente contacto con las

inquietudes infantiles y juveniles, hace que dirija su producción artística hacia el mundo de la literatura y la ilustración infantiles.

Ha ilustrado libros para las editoriales: Miñón, Espasa-Calpe, Noguer, Emiliano Escolar, Didascalia, Bruguera, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Gondomar, Escuela Española y Ediciones Gaviota.

Ha participado en exposiciones de ilustración nacionales e internacionales: “Ilustraciones de libros para niños”, Zamora; Salón del Cuento y la Ilustración, Barcelona; Liber’83, Madrid; Vil Salón Nacional del Libro Infantil y Juvenil, Madrid; Feria del Libro Infantil y Juvenil, Bolonia (Italia); Premi Catalónia, Barcelona; Otomi Memorial Art Museum, Nishinomiya Itabashi, Tokio (Japón); Exposición de ilustración infantil, Bratislava (Checoslovaquia); “La imaginación en los cuentos” (Individual), Tarragona.

Es Premio Nacional de Ilustración 1983.

Notas

[1] Chacra: Alquería o granja. <<

[2] Guatín; agutí: Conejo. <<

[3] Pilatuna: Chasco, jugarreta. <<

[4] Zatatito; zacatillo: Nombre de diversas plantas gramíneas pequeñas. <<

[5] Cariblanco: Especie de pécari, parecido al jabalí. <<

[6] Pejes: Peces. <<

[7] Milpero: Dueño de la milpa. <<

[8] Milpa: Nombre que se da a la tierra destinada al cultivo de maíz. <<

[9] Cenote: Gruta donde un río subterráneo vuelve a la superficie. <<

[10] Voz guaraní que significa yaguar: Jaguar. <<

[11] Melao; melado: En la fabricación del azúcar de caña, jarabe que se obtiene por preparación del jugo de caña. <<

[12] Comae: Comadre. <<

[13] Guara: Papagayo. <<

[14] Tigüilote: Nombre que dan en Honduras y Guatemala aun árbol indígena, cuya madera es utilizada en tintorería. <<

[15] Carrizo: Caña común. <<

[16] Nahual: El animal que como compañero inseparable tiene una persona. <<

[17] Pingo: Caballo vivo y corredor. <<

[18] Chala: Espata de maíz cuando está verde o seca. <<

[19] Torzal: Lazo o maneador formado por una o más tiras de cuero retorcidas. <<

[20] Mulita: Tatú o armadillo. <<

[21] Overo: Dícese de los animales que presentan grandes manchas amarillas y blancas, en este caso el tigre. <<

[22] Matungo: Flacucho, flojo. Dícese de la caballería vieja y débil. <<

[23] Pulpería: Tienda donde se venden géneros de uso común. <<

[24] Boliche: Tienda pobre. <<

[25] Matrero: Bandolero. <<

[26] Paují: Ave gallinácea del tamaño de un pavo (voz quechua). <<

[27] Danta: Cuadrúpedo similar al tapir. <<

[28] Casabe: Nombre que se da en Cuba a un pez del mar de las Antillas que tiene unos dos centímetros de largo, que es de color amarillento y afecta la forma de media luna. <<